

SEMANARIO POLITICO
SE PUBLICA LOS JUEVES
Redacción y Administración:
ALBERTO AGUILERA, NÚM. 11
Número suelto 10 cts.

EL MOTÍN

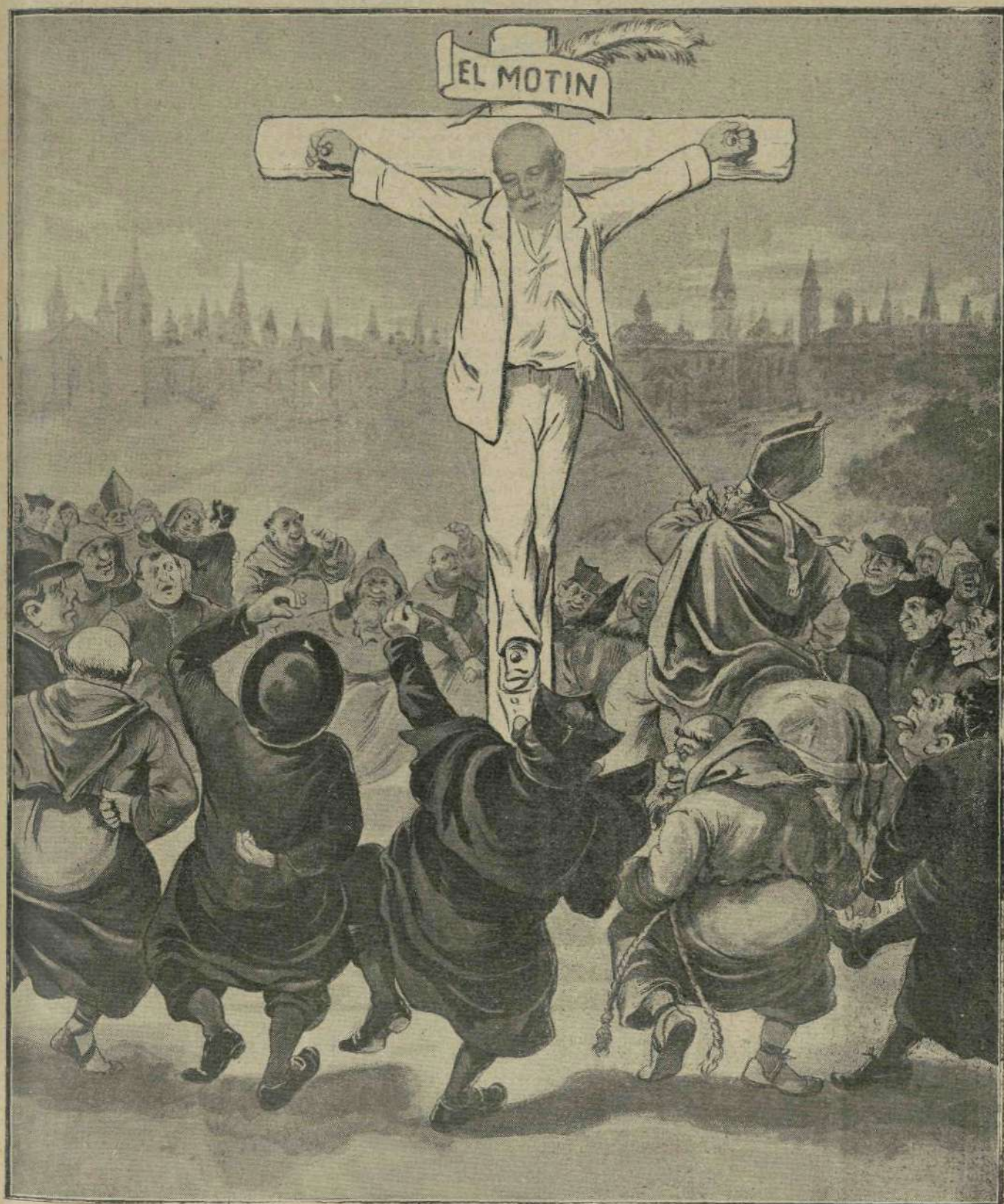


SUSCRIPCIÓN
Madrid: 1.50 pts. trimestre; Año 5
Provincias: 1.80 trimestre; Año 5
Ultramar y Extranjero: Año 10
PAGO ADELANTADO
Corresponsales: 25 números 1.50

Año XXX

Madrid, Jueves 24 de Marzo de 1910

Núm. 11



¡Cómo se regocijarían los clericales viéndome de ese modo!

Felipe Pérez y González

¡Qué tristeza tan grande sentí en su entierro!

Y no solamente por la pérdida de un amigo tan leal, un demócrata tan verdadero, un poeta tan fácil como correcto, ameno y delicado, un escritor de cultura tan extensa y tan sólida, un hombre tan noble y tan bueno...

No, no fué solamente por eso, sino por ver profanados en el acto aquel sus sentimientos, sus ideas, sus convicciones, expuestos siempre sin alardes, pero jamás ocultados, por él, y mantenidos con firmeza, sin intermitencias, sin dudas...

Si había en España un anticlerical convencido, era él; lo mismo en lo que hablaba, que en lo que escribía, que en lo que practicaba, se veía constantemente al hombre superior, desligado de toda creencia religiosa.

Lamentando con este ó aquel amigo la muerte del que lo era de todos, no me había fijado en el coche que iba á conducir su cadáver... Vi salir de la casa á un cura, y unirse á los que presidían el duelo, y ni aun entonces pensé en que el entierro pudiera ser católico... Sería el de los hábitos algún amigo particular que acudía á rendirle el último tributo...

Alguien que estaba á mi lado me interrumpió, miré al coche, y vi campeando en su atura la cruz. ¡Pobre Felipe! Merecía que todos hubieran respetado más sus sentimientos, sus ideas, sus convicciones...

No sé, no quiero saber quién dispuso su entierro en esa forma, ni quién, debiendo impedirlo, no lo hizo... Sólo sé que los convencionalismos, las cobardías, los acomodamientos con la grotesca farsa religiosa que se está representando hace años en España, no han debido alcanzar á un hombre como Felipe Pérez. ¡El, en el cementerio católico! ¡Qué sarcasmo más sangriento!

¡Pobre amigo mío! Ni en vida alcanzaste los altos puestos que merecías por tu aristocracia intelectual, tu gran sabiduría, tu ingenio maravilloso y tu nobleza á altas dosis, ni en muerte reposas donde debías. Lo único que no te faltará nunca será el cariño y la admiración de los que tuvimos la dicha de conocerte.

JOSÉ NAKENS

Declaraciones nebulosas

Nos parece muy bien que el Sr. Canalejas supla la falta del Parlamento con éste su nuevo sistema de declaraciones, en las cuales responde á las interpelaciones ó la prensa. Y este si tema nos parecería de perlas si en esta cámara nacional, supletoria del Congreso y del Senado, no hubiese diputados y senadores de varias categorías, unos con derecho de voto imperativo, otros con voz

y voto definitivo y otros con voz de gallo de Morón, cuyo cacareo es inútil.

Porque si hemos de ser claros nosotros; y si el Sr. Canalejas ha de ser franco, de igual modo que en las esferas supremas de la política nacional padecemos la detentación y secuestro del poder ejecutivo, cuyos ministros se nombran con vistas fuera de todo horizonte nacional, y con miras particularísimas y exclusivistas, así en lo legislativo se padece la detentación de la representación popular verificada por el caciquismo, y de igual modo en la prensa se padece la detentación y secuestro de la opinión nacional. Seguramente, dentro de algunos años, cuando la liquidación forzosa á que la bancarrota nos está llevando ponga de manifiesto ante los pueblos los misterios que se están realizando en los sótanos políticos, la indignación caerá por igual sobre los gobiernos, sobre las cámaras y sobre la prensa, aconchavados todos ellos en callar lo que debiera decirse y en gritar lo que debiera callarse, á fin de no entorpecer la marcha tranquila de la bancarrota nacional.

EL MOTIN se considera sentado en los escaños de los sin derecho á interpelar al Presidente; pero quizás haya en esos otros escaños aristócratas de la prensa quien transporte á mayor categoría nuestras ideas, y por esto las formulamos con resolución, valgan lo que valgan ante la estimación ajena.

Nos hacemos cargo de las declaraciones que en la segunda semana de este mes han hecho los Sres. Canalejas y Cobian á propósito de la cuestión religiosa, declaraciones que, en vez de aclarar, van anublando el cielo del partido gobernante y obscureciendo sus intenciones.

«¡Los curas, las monjas, el Vaticano!... Pero ¿qué creerán los señores que sólo saben hablar de eso? ¿Green acaso que yo he venido al Poder para expulsar al Nuncio en veinticuatro horas, para romper con Roma, para exterminar á curas y monjas...?»

A nadie mejor que á EL MOTIN cuadra la alusión del Sr. Canalejas: nosotros somos *esos señores* que sólo saben hablar de eso, y por esto nadie mejor que nosotros para decirle lo que *creemos*.

CREEMOS que el Sr. Canalejas ha venido al Poder por habérselo abierto, no una camilla púdicia, no un complot jesuita-maurista, no un contubernio conservador, sino la amenaza universal que brotaba de toda Europa intimidándonos el *bogey*, también universal, y la excomunión de la humanidad, dispuesta á borrar á España del mapa del mundo culto.

CREEMOS que este PRINCIPIO del Poder canalejista tiene como único fin, honrado y adecuado, el dirigir la nave nacional hacia un Norte distinto, que nos libre de la posibilidad de merecer nuevamente a quo la amenaza de excomunión y de *boycott*.

CREEMOS que entre la conciencia universal amenazadora y el poder liberal hay un pacto implícito formal, serio y obligatorio por virtud del cual se suspende la amenaza á condición de que el partido libre al cumpla honradamente aquel fin.

CREEMOS que este principio, fin y medio, consiste principal, fundamental y esencialmente en el CLERICALISMO, y, si se quiere, EXCLUSIVAMENTE; de tal modo

que, aunque Canalejas no toque ninguna otra cuestión y sólo arregle ésta, la Europa consciente y el mundo progresivo se dará por muy bien pagado y satisfecho; y en cambio, arreglando todas las otras, si deja ésta desarreglada, es como si no hubiese hecho nada, pues él ha sido llamado á ESTO, precisamente á ESTO, siendo accidental todo lo demás. ¿No dijo Canalejas que «el clericalismo es el enemigo»? Pues eso: lleva un mes de gobierno; y ¿qué quebrantado ha sufrido el clericalismo? ¿Qué ventaja ha dejado de alcanzar?

No sabemos hablar de otra cosa; no QUEREMOS hablar de otra cosa. Cuando un enfermo se está muriendo le estrangulación ó de a-flxia, se dejan los tumores de los muslos y el dolor de muelas; se va á lo urgente, á lo *inaplazable*. Y por esto, cuando oímos al Gobierno hablar de sus grandes proyectos sobre el *Trívio* y el *Quatrívio*, y vemos la casa clerical sin barrer, CREEMOS ver en él un apéndice del de Moret, torcido del lado de Maura; CREEMOS ver en esos muchos *te-dré* un juego de espejuelos para distraer la opinión del punto principal.

Ya D. José se enoja de oír á los que sólo *saben* hablar de eso, y nos pregunta que *qué creíamos*... ¿Que qué creíamos!... Esto: creía nos imposible que pudiera existir durante dos meses un Gobierno democrático-radical en el poder, sin que el Nuncio hubiese pasado la frontera y sin haberse puesto en buen recaudo las arcas de los conventos; y que, después de este plazo, el Concordato no estuviese plenamente sometido á la Constitución, y la Iglesia plenamente sometida al Concordato.

En cuanto á las declaraciones del señor Cobian sobre la reducción de Asociaciones religiosas y su sujeción al derecho común en lo económico y jurídico, CREEMOS que es un soberbio *pastel* hispano-vaticano.

¡El mismo León XIII y el propio Pío X estaban conformes con el Mayor aeu-sación y mayor vergüenza no cabe contra los Gobiernos españoles. Lo que los Papas habrían hecho contra los frailes no se han atrevido á hacerlo los politicastros... Esto es inaudito; hemos tenido titeres en vez de ministros.

Y ahora, ¿qué va á hacer el Gobierno liberal? ¿Sancionar y dejar impunes los delitos jurídicos, sociales y económicos cometidos por los frailes, consagrando lo *pasado*?... Entendiendo de una vez, si quiere entenderlo: *el pueblo español rechaza* la legitimidad de los frailes, todo lo hecho sobre esta base ilegítima, y la consagración de esta ilegítimidad.

Es inútil, pues, cuanto haga el Gobierno liberal, con ó sin espejuelos; el delito clama venganza, y el pueblo no selegará hasta recabar del Estado el castigo condigno. No hay transacción posible. No sirven diplomacias tortuosas ni argucias. La sangre de Montjuich es SANGRE ESPAÑOLA; los que la han perdido y siguen pidiéndola son los frailes espúreos ante la ley, extranjeros ante la patria y renegados del pueblo. Pueblo y frailes son incompatibles; ambos *son como son*, ó no serán.

¿Green los demócratas gobernantes que van á engañar al pueblo español, que vamos á estar esperando días y días, y semanas y meses y años, asistiendo á la farsa, paseando su carro

triumfal sobre las desgracias que *diariamente* y a cada hora y cada minuto consuma el clericalismo, para cuyas nuevas víctimas todo el programa liberal ha sido tan estéril como el conservador?

Pues... si creen esto, se han engañado. Estamos cansados, estamos hartos... Si Canalejas no lo está, será porque no es victima y no siente ya horror hacia los verdugos.

R. MAYOL

Gabino Ronda

Se ha suicidado en Barcelona este hombre, que me quería tanto como yo a él.

¿Quién era? Un obrero manual inteligentísimo. Lo conocí en Madrid, cuando corría puebas en la Imprenta Nacional, pasando por uno de los mejores, y desde entonces nos unió la amistad con lazo indestructible; tal era nuestra identidad de ideas y sentimientos.

Marchóse después á Barcelona, á desempeñar el mismo cargo en la imprenta de Montaner y Simón, y en ella permaneció muchos años. El constante, duro y penoso trabajo le acarreó un padecimiento nervioso terrible, y entonces, aunque cumplía su deber con exceso, fué despedido. Y desde entonces comenzó á subir el calvario de la penuria y el padecer, hasta que, cansado de sufrir y sin recursos, se suicidó dentro de un coche, frente al núm. 6 de la Rambla de las Flores, en la tarde del 17 del actual.

Desde la última salida de El Motín Ronda se desvivió por buscarle suscripciones: doscientas y pico le proporcionó. Solamente una vez conseguí que no rechazase un recuerdo mío.

Cuando los sucesos de Julio, fué preso y procesado con su esposa, honrada y buena mujer, que ha compartido resignadamente con él las angustias de los últimos años, y á quien presento aquí mi admiración y mis respetos. Este suceso, basado en una delación falsa, exacerbó su padecimiento.

Al enterarme de su prisión, le envié una cantidad; á los cinco ó seis días supe que la había repartido entre otros presos que consideraba más necesitados que él. ¡Alma noble y generosa! Pocos estarían en peor situación que la suya.

Alguna que otra vez, pocas, me hablaba de su padecimiento. Había llegado al máximo de la dosis de láudano que puede tomar una criatura humana. En cambio, dedicaba párrafos enteros á hablarme de sus agradecimientos: el Dr. Rodríguez Méndez, el Marqués de Castro Fuerte, los hermanos Vilalta, Rufiandis, un teniente de la guardia civil que intervino en su prisión... Todos estos hombres tienen derecho á mi amistad por los constantes elogios que de ellos me hacía Ronda.

Tenía hace tiempo un deseo que no pudo ver realizado, por circunstancias ajenas á su voluntad: que yo fuese á

Barcelona y me hospedase en su casa. Ahora me pesa no haberlo hecho. Le hubiera dado una gran alegría.

Así las cosas, el día 14 del corriente me escribió el corresponsal de El Motín, en Barcelona, José Ferrer, dueño de *kió-kió* de la Bolsa, diciéndome que lo había visto muy abatido y preocupado, y sin hablar apenas. Le rogué que me diese cuenta de su estado; pero me tranquilicé al recibir el 16 carta de Ronda, á la que acompañaba un billete de 100 pesetas, producto de las suscripciones cobradas últimamente.

La noche del 17 me trajeron dos telegramas, uno de Ferrer y otro de los hermanos Vilalta, anunciándome que Ronda se había suicidado aquella tarde.

He recibido en mi vida pocas impresiones más fuertes. ¡A qué estado de sufrimiento no habría llegado el hombre aquel, tan firme, tan enérgico para tomar la resolución aquella!

Pedí detalles del hecho, aun cuando tenía la seguridad de que Ronda no podía haber desaparecido sin acordarse de mí. Y efectivamente, el día 18 recibí esta carta suya, que abrí temblando:

«17 de Marzo de 1910.

Queridísimo amigo D. José: No puedo sobrellevar ni un momento más tanto martirio.

Perdóneme el gran disgusto que seguramente le ocasionaré con mi última y suprema resolución de poner fin á mi existencia.

Encargo al buen amigo Pedro Vilalta Gras que remita á usted el libro de suscriptores al adorado *Motín*.

Mi último pensamiento es para usted y para mi difunta madre.

Si en algo pueden ustedes consolar y auxiliar á la pobre Eladia, que tanto se ha sacrificado por mí y tanto ha sufrido durante estos últimos años de mi enfermedad, se lo agradeceré infinito.

Mis postreros recuerdos á Isabelita. ¡Adiós, D. José! ¡Hasta siempre y hasta nunca!—Gabino Ronda.»

Besé fervorosamente la carta, último recuerdo de aquel hombre que simbolizó el trabajo, la honradez y el sacrificio, me enorgullecí de haber merecido su amistad, y le agradecí el encargo que me hacía.

Más tarde leí en *El Progreso*:

«Era el extinguido un alma noble, rectilínea, en sus arrestos y en sus rebelías.

La Solidaridad le hizo víctima de sus odios. Infamemente le redujo la ración de pan.

Gabino Ronda, el querido amigo resistió valientemente y se impuso porque era hombre, sabía lo que valía y tenía corazón.

Nosotros lloramos su muerte. Alguien sentirá remordimientos á causa de ella.

Bien es verdad que, confesándose y arrepintiéndose, creará podrá conquistar la seguridad del perdón eterno y con dinero comprar la benedición apostólica.»

Ignoro á quién pueda referirse el querido colega: si á la casa en que durante tantos años trabajó Ronda con tanta in-

teligencia y tanto celo, y que lo despidió al verle enfermo, ó á alguna otra persona; sea quien fuere, le arrojo al rostro la palabra: ¡asesino! No merece otro calificativo el que pone á un hombre en el trance de pegarse un tiro por enfermo y por desamparado.

J. N.

ESTADÍSTICA

Hay en España 5.014 escuelas católicas y 107 laicas. ¡Y estas poquísimas meten tanto miedo á los reaccionarios de todos los matices! ¿Qué sería si las laicas fuesen 5.000 y solamente una 100 las católicas?

Otra consideración se desprende de ese cómputo. La incultura española, mejor dicho, la corrupción española, que es tan grande según los clérigos ¿dónde se produce, en las 107 escuelas laicas, ó en las 5.014 religiosas?

Nunca podrá cocerse en una mufla lo que se cuece en un alto horno, y el horno clerical está funcionando desde hace la friolera de veinte siglos.

Y lo peor es que funde todos los metales preciosos de la humanidad, levantando los humos al cielo y dejándonos únicamente la escoria.

LEGALIDAD Y MALA INTENCIÓN

«La mujer perezosa que no va á misa, tiene á los hijos descalzos y sin camisa.»

Los misioneros que rebuznan en Deusto han hecho recitar esta burrada *poética* á los niños y niñas de las escuelas públicas, exhibiéndolos por calles y plazas y por el muelle.

Un obrero que estaba trabajando en un buque dió la nota exacta del sentimiento general, llamando vago á uno de los jesuitas.

Vagos, sí, pero se chupan el sudor de los trabajadores. Y se permiten llamar perezosas á las mujeres que no van á misa, cuando tal vez estén remendando los trapitos de sus pequeñuelos, mientras ellos y las rezadoras comen y se divierten.

Se nos está bien empleado: en tanto que los jesuitas griten, como en el muelle de Deusto, ¡viva la Virgen de Begoña!, y los obreros zaheridos ¡viva la libertad!, todo será música. Hay que hacer algo más importante y estrepitoso, muy legalmente, eso sí. La legalidad sobre todas las cosas.

Escuelas laicas jesuíticas

Los jesuitas combaten aquí las escuelas laicas, pero las mantienen en varias poblaciones de Egipto. Oigamos lo que dijo hace tiempo acerca de esto *La Revue de deux mondes*:

«Los hermanos de las escuelas cristianas tienen cuatro establecimientos de enseñanza, dos de los cuales son muy importantes. El de Alejandría, que con su sucursal de Ramieh cuenta con 800 niños, de los cuales 500 son musulmanes y 300 coptos. El del Cairo, fundado hace 25 años, cuenta 700 alumnos, entre los cuales apenas si hay 100 indígenas. Los otros discípulos pertenecen á las más diversas nacionalidades; franceses, italianos, griegos, etc...

Los jesuitas tienen también en el Cairo un colegio llamado de la Santa Familia, fundado en 1879. Cuenta actualmente con 180 alumnos de todas las nacionalidades y de todos los cultos, entre ellos 20 franceses. El establecimiento no tiene menos de 20 profesores que enseñan ciencias, literatura, francés, latín, inglés y árabe. En él se prepara durante dos años á los alumnos para el bachillerato egipcio, equivalente á nuestro bachillerato en Ciencias. La retribución es de las más elevadas si se la compara con la de la escuela normal egipcia, pues los jesuitas no cobran menos de 1.000 francos por año escolar.

Citemos todavía otras dos escuelas, ambas también laicas: una, fundada en 1872 y dirigida en el Cairo por un francés: cuenta con 560 alumnos, casi todos pertenecientes á familias turcas. Las damas de la Legión de honor, cuya casa madre esta situada en Francia, tienen en el Cairo una sucursal donde las niñas indígenas van en bastante número á aprender á leer, á escribir y ejercer trabajos de costura. En Ramleh, cerca de Alejandría, las damas de Sión tienen igualmente una casa de educación abierta á todas las nacionalidades y á todas las creencias.

Se ha de preguntar, naturalmente, si los hermanos de la Doctrina cristiana, y con ellos los jesuitas, los lazaristas y las damas de la Legión de honor y de Sión, no tratan de convertir al cristianismo á los niños musulmanes ó judíos cuya instrucción se les ha confiado. He consultado varias personas respecto á esto, y todas me han respondido que no era posible, por la sencilla razón de que una sola apostasia bien demostrada, arruinaría todos los establecimientos escolares religiosos.

Para el que conozca el carácter musulmán ó israelita, en Oriente, esto no ofrece duda alguna: las escuelas se verían forzadas á cerrar sus puertas.»

Esto prueba una vez más que á los jesuitas, con tal de sacar dinero, les importa tres pepinos de Cristo, de su religión y de la Iglesia.

Aquí combaten las escuelas laicas, porque explotan el negocio de las católicas; en Egipto las establecen, porque de este modo sacan dinero.

Son los mismos en todas partes.

Cristo y el cura

Cristo nació pobre y murió pobre. El cura nace pobre y muere rico.

Cristo ha dicho que todos los hombres son hijos iguales de Dios. El cura dice que algunos tienen derecho de ser dueños y otros el deber de ser siervos.

Cristo quería que le siguiera quien

no tuviese dinero. El cura quiere que le siga el que tiene y le da.

Cristo instruía á la plebe. El cura quiere la ignorancia.

Cristo amaba á los niños para educarlos. El cura los acaricia para explotarlos y corromperlos.

Cristo abrazaba á la Magdalena arrepentida. El cura abraza á la virgen para... inculcarle satisfacciones *angelicales*.

Cristo enseñaba la religión del amor. El cura impuso la fe con la guerra, la prisión, la tortura y la hoguera.

Cristo recomendaba el buen ejemplo. El cura enseña con el escándalo.

Cristo buscaba los corderos para redimirlos. El cura para esquilmarlos.

Cristo arrojó á los mercaderes del templo. El cura es peor que el negociante, porque toma todo y no da nada.

Cristo lloró en el huerto. El cura ríe en la iglesia.

Cristo montaba un asno. El cura se ha hecho tener el estribo y las riendas del caballo hasta por los emperadores.

Cristo andaba descalzo. El cura lleva zapatitos de charol con hebillas de oro y de plata.

Cristo fué proclamado rey con el bastón en la mano y en las sienes la corona de espinas. El cura ha empuñado la espada conquistadora y ha ceñido la diadema real (que aún espera).

Cristo llevó la cruz. El cura la hace llevar á los pobres.

Cristo murió crucificado por la redención de los pobres y los humildes. El cura quiere esposas, fusiles y cañones contra los esclavos del trabajo, para poder vivir haraganeando tranquilamente.

Pensamientos inéditos de Renan

Los pensamientos que siguen datan de 1847 y 1848, y fueron escritos para una novela que quedó sin concluir:

«Creo en la obra de los tiempos modernos. Es quizá mi mejor profesión de fe, la más exacta y á la que me refiero con frecuencia.

La inmortalidad del alma ha sido más funes á que útil al género humano. Establecida la inmortalidad, no hay que tomarse ningún trabajo para asegurar la equidad en esta vida; todo depende del cielo. Dentro de este supuesto, los católicos austeros tienen razón. Nuestra opinión es que hace falta obrar como si no existiera la vida futura. Predicar al pueblo que no hay tal vida futura, es prestarle un buen servicio, ya que así se le excita á realizar todo su esfuerzo en el presente. Predicarle la vida futura, es adormecerlo, tal vez embrutecerlo, haciéndole perder todo para que persiga una quimera.

Yo quisiera cambiar la moral. Sabido es que ella reprueba todo lo negativo; no robar, etc... Ahora bien; el hombre que sólo tuviese esta moral sería el más pálido, el más triste, el menos bello de los hombres. El más moral, sería un hombre frío y sin vida. Y esto si que es inmoral. No; el hombre moral, es el

hombre bello, es el hombre que piensa poco en pequeneces y en reglas vulgares, y aspira lo bello por todos sus poros. Lo importante es que sienta con grandeza de ánimo, que se eleve por encima de ese horizonte gris donde se limita la vida vulgar, que sea noble y bello. El inmortal es aquel que no ve que acaba; que, fiel quizá á estos pequeños deberes, no siente ni odio ni amor.

Las mujeres rezan y cantan en una iglesia con la mirada fija en sus libros. Por todas partes sombreros y faldas, olor de mujeres. Los sacerdotes, vestidos de blanco, presiden. Fuera se oyen tambores y trompetas, caballos, música militar. Tal es la vida humana: hombres y mujeres.

Vosotros me llamáis escéptico. No; la unidad, el progreso de la humanidad, la dignidad del hombre, los destinos divinos de la humanidad; en todo esto yo creo, y daré mi vida por ello. ¿Cómo, después de esto, os atrevéis á decirme escéptico?

Sois vosotros los escépticos, y nosotros los creyentes. Nosotros creemos en el espíritu humano y en sus divinos destinos; nosotros creemos en la humanidad y en su imperecedero porvenir. Nosotros creemos en el bien y en la perfección.

De antaño

Las escenas son de hace más de medio siglo.

Deseando el gobierno, (moderado, que no liberal conservador) para tranquilidad de conciencias timoratas, restablecer las relaciones con la Corte Pontificia, rotas por ésta para apoyar con todas sus fuerzas á los facciosos en la guerra carlista, nombró un representante que tratara con Roma y conviniese un concordato. *Todo lo que se hacía en secreto, sin la intervención de las Cortes, ni de la prensa, á pesar de lo importante del negocio...* ¡En ciertas cosas no pasan días por nosotros!

El tal representante, (Moreno Ayensa) liberal por fuera, por dentro neo y lacayuno, más atento á asegurar su posición y su fortuna que al interés de la nación, y obedeciendo á instrucciones de palacio, firmó un convenio base de concordato; pero...

«Empezó á traslucir el público lo que sucedía; se apoderó del suceso la prensa; se alarmó la opinión; reuniéronse algunos diputados para pedir una sesión pública, aun cuando estaban abiertas las Cortes... y NARVÁEZ manifestó en un consejo su firme decisión de sostener la dignidad nacional; que ninguna otra persona daría órdenes al gabinete responsable mientras él fuese ministro, y que hasta tendría resolución para decretar la venta de todos los bienes (del clero) no vendidos»

El convenio de esta manera rechazado no se diferenciaba del concordato aprobado más tarde, y hoy vigente en parte, sino en que, en lugar de admitir las tres órdenes que éste admite, decía: *«Se conservarán los monasterios y conventos existentes y se establecerán en tiempo oportuno los que han sido suprimidos.»*

(En total, muchos menos de los que hay hoy y cuya legalización se pretende.)

Y nada más: el historiador nada dice de los partidos republicano y socialista, de los terribles anarquistas, de ligas anticlericales y sociedades de librepensadores ni de las nutridas oposiciones radicales; es de suponer, sin embargo, que si hubieran existido, no habrían resultado menos dignos y más papistas que Narváez.

R. VERA

"La vuelta de Cristo"

En la presente semana se enviará este tomito á los que lo han ped do, y en la próxima el titulado: "La lujuria del clero", así como la 1.ª "Hojita" de propaganda anticlerical.

La caricatura de hoy

Frailes y curas, luises y beatas, clericales todos:

¿A que se os hace la boca agua, pensando en que pudiérais algún día contemplarme de ese modo, y que exc amáis con Argensola:

¡Lástima grande
que no sea verdad tanta belleza!

¡Qué día de gloria para vosotros aquel en que, repletas de magras las alforjas y llena de mosto la bota de las peregrinaciones, me acompañárais por el camino del Calvario!

¡Qué cúmulo de groserías y blasfemias del vocabulario sacristanesco no eructarían vuestras bocas, y con qué carcajadas no las acogerían vuestras amas y pequeñuelos!

¡Y con qué placer no referiríais luego en la calma del hogar los pormenores de mi suplicio, y con qué complacencia seríais escuchados por monagos y beatas, sin advertir que en este caso vuestra perdición sería segura, á menos que la sangre mía fuera bastante á lavar la mancha de vuestro pecado original! Sin el temor á mis moralizadores varapalos, os entregaríais á toda clase de excesos.

Y ahora, después de haber presentado á vuestra imaginación la imagen de mi martirio, os digo:

¡Despreciable clerigalla! Antes ciegues que tal veas.

PREGUNTITAS CURIOSAS

Curas, frailes y beatas chillarán gordo estos días de Semana Santa, porque Cristo ha muerto por nuestros pecados. Bueno; pues si queréis volver loco á cualquier cura, os bastará con preguntarle al oído al bajar del púlpito:

—Diga usted, padre: ¿por qué lloró usted tanto en el púlpito, ó hizo llorar á las pobrecitas beatas, por la muerte

de Jesús? ¿No habíamos convenido, padre, en que si Cristo no hubiese muerto en la Cruz no nos hubiéramos redimido? Y si no nos hubiéramos redimido, ¿no era entonces ocasión de llorar, con más motivo [que] ahora? Y, después de todo, ¿no está ya Cristo en el cielo, en cuerpo y alma? ¿Por qué llora usted, entonces?

—Diga usted, serífico señor: si usted ama tanto á Cristo, y siente tanto su pasión y muerte, ¿cómo es que, si no hubiera quien pagase ese hermoso y conmovedor sermoncito, usted no lo predicaría, quedándose Cristo sin su piadoso recuerdo de usted?

—Reverendo señor: si Cristo sabía de antemano que Judas había de venderle traidoramente, ¿cómo le eligió por discípulo suyo? ¿Usted comprende, beatífico padre, que un amigo nos haga traición, conociendo nosotros de antemano lo que piensa hacer con nosotros? La traición, ¿no implica sorpresa, por parte del que la recibe?

—Diga usted, reverendo padre: ¿Cómo es que usted dice tener tanta fe en Jesucristo, cuando no le vió usted nunca, ni anduvo con él de paseo, y San Pedro, que le vió, comió con él, paseó con él, y vió sus milagros, dudó de Cristo muchas veces? ¿Es usted más creyente que el mismísimo San Pedro? ¿Estarán los demás obligados á creer en lo que pasó hace la friolera de mil novecientos años, que aquel que presenciaba esos hechos y dudaba del que los hacía?

—Oiga usted, beatífico padre: Si Cristo redimió á la humanidad del pecado de Adán (en el que no tuvimos arte ni parte), ¿cómo es que seguimos naciendo con el famosísimo pecado original?

—Atienda usted, padre: si la pena de muerte á que se halla sometida la humanidad entera, y las enfermedades y padecimientos tienen por causa el pecado original, ¿cómo es que Cristo pudo padecer y morir, si no nació con semejante pecado?

—Diga su reverenda paternidad: si usted siente tantísima aflicción por la muerte de Cristo y los dolores de su Santísima Madre, ¿cómo se atreve usted á cobrar en buenos pesos, los sermoncitos lacrimosos en que nos ha relatado esa muerte y esos dolores? ¿Usted concibe á un hijo cobrando discursos neorológicos por la muerte de sus padres?

—Escuche usted, santo varón: Si usted no cobra por asistir al entierro de un querido amigo, al que usted le debiese muchos favores, ó á su familia, ¿cómo es que no hay un solo cura ni fraile que asista de balde al entierro de Cristo, á quien usted le debe el favor inmenso de la redención y salvación eterna?

Y bastarán estas preguntitas, para que el buen predicador se quede pegado á la pared.

Hagan ustedes la prueba, amados lectores, y si hay algún cura ó fraile que sea capaz de contestarlas terminantemente, sin ambages ni rodeos, ni subterfugios, avísenme; que estoy dispuesto á presentarme á él, cortarme en su presencia la coleta de pecador, y meterme seguidamente á fraile capuchino por el resto de mis días.

Pero ¡ah! que no aparecerá ningún reverendo padre de almas tan cariñoso, tan amable, tan servicial, tan atento, tan campechano, que conteste á esas preguntitas candorosas. ¿A que no?

Apuesto con cualquier beata el valor de un sermoncito de las Siete Palabras (que creo que son los más caritos que cobran los presbíteros), contra media librita de chocolate del que elabora nuestro Rvdo. Fr. Pedriño de Poyo, á que primero se vuelve loco un cura, que contestar al interrogatorio que dejo formulado.

Y espero sentado las contestaciones.

ARMANDO B. LENEZ

"¿Tú te lo quieres..."

Veo en un periódico de Salamanca que hay allí tres iglesias en ruina: la de Matilla de los Caños, la de San Cristóbal y la de La Maya.

Me alegro mucho, y me alegraría más si por cada iglesia que se hunde se levantase una escuela laica.

A Salamanca, como á otras muchas provincias españolas que agonizan bajo el peso de su tradición religiosa, no le vendría mal el oxígeno de la enseñanza neutra para no acabar de asf x'arse.

No merecen mi interés los rutinarios y fanáticos concurrentes al templo de La Maya, que aun sabiendo que están expuestos á morir aplastados de un momento á otro, asisten diariamente á los oficios.

Allá ellos. También á los fanáticos de Budha les gusta perecer bajo el carro de su dios.

Estas gentes que viven de un pretérito dorado son sencillamente asnos cargados de reliquias. Y por asnos de más ó de menos, no hay que apurarse.

RECORRIDO CARIÑOSO

Se me envía desde Barcelona un artículo, recortado de no sé qué periódico; y aun cuando sospecho que debe haberse publicado hace días, voy á dedicarle unas líneas. Lo firma un tal Viteri.

¡Qué de insultos, qué de groserías, qué de bravuconadas! ¿Si sería el Padre Viteri el hombre del Terrado? A fe que si maneja el trabuco tan bravamente como la pluma, el chorro de su metrala es capaz de dar cuenta de un ejército infernal.

¡Qué vómito de barbaridades, de necedades, de andanadas y de majaderías contra los defensores de las escuelas laicas, entre los cuales tengo el honor de contarme!

Pero oigamos á ese t, a, l, tal:

«Para enseñar la mentira y la inmoralidad, los laicos no necesitan ciencia. Y por lo que hace á las escuelas sin Dios, llamadas laicas ¿qué fin se proponen los que tanto abogan en favor de ellas? ¿Será acaso su objetivo crear ciudadanos nobles, de espíritu levantado, amantes de nuestra historia, de nuestras leyes, de la moral y de la patria? No: mil veces no. Los sucesos de Julio próximo pasado se encargan de demostrarlo. ¿De dónde salió aquella horda de salvajes, que con desenfreno inaudito se rebeló contra el trono y el altar, contra la pro-

piedad y contra las vidas de personas dignas de eterna memoria?...

La escuela -in Dios es la que produjo aquellos trastornos y aquellas abominaciones que a Historia maldecirá por siglos -in fin. La escuela laica es hija de la masonería; la escuela laica es la que preten- tía estorbar que llegaran refuerzos á nuestro valiente y esforzado ejército del Rif, para que muriera vilmente asesinado; la escuela laica es un semillero del que á su tiempo salen amargos frutos para la familia, para la Iglesia y para la sociedad.»

Respuesta que da á ese necio la Madre Beatriz, superiora del convento de Franciscanas (*La Revolución de Julio*, por Brissa, pag. 109): «Las primeras piedras que arrojaron contra nuestra casa, salieron de tres de las que eran nuestras alumnas.» Un alumno de los escolap os salvó y tranquilizó á su *maestro*. Ferrer, jefe presunto de la sedición, no había sido educado en ninguna escuela laica. Tampoco había sido alumno laico José Miguel, fusilado el 18 de Agosto. A Antonio Masset Pujol, fusilado el 23, «no se le conocía *siquiera* idea alguna determinada»; confesó y comulgó católicamente, y fué ejecutado cristianamente: antes de haber digerido la hostia, recibía los tiros de la *Comunión* eclesiástica y los consuelos de los Hermanos Congregantes. Eugenio del Hoyo, fusilado el 13 de Septiembre entre 13 Hermanos de la *Paz* que llevan la paz dentro de cartuchos de pólvora, «confesó y comulgó... con muestras de gran pesar». ¡No; iba á bailar el cake-walk *impio*! Clemente García, fusilado el 4 de Octubre, «oyó misa, confesó y comulgó» con todas las reglas del arte viteriano.

Todos los fusilados eran *cristianos legítimos*, bautizados en el cariñoso seno de la Iglesia Católica, y en él murieron entre los abrazos de paz de los Hermanos y los gritos de *mueran* de los primos, tíos, padrinos y demás parientes. ¡Ningún católico oficial se interesó por el indulto de estos *católicos* de Cristo, velados con la sangre del Cordero, ungidos del Señor, *santos de Dios* y templos vivos del Espíritu Santo.

¡Señale el Viteri ese *un solo alumno laico*, uno siquiera! Y si no lo señala, miente... como un Viteri.

Pero sigamos oyéndole:

«El hombre sin conciencia y sin temor de Dios, es peor que las fieras. (Es decir: católico inquisidor, que rujen como fieras, gritan como fieras, matan como fieras y despotrican como viteris, que no saben lo que es conciencia ni temor de Dios, que es temor á la mentira, á la trapacería y á zascandilear). Si, pues, la escuela laica prescinde de Dios, como realmente lo hace, sus frutos forzosamente han de ser: el suicidio, el robo, el asesinato, el rebelarse contra toda autoridad, pisotear toda moral, atentar contra la propiedad y hacer de los hombres unos brutos.»

«España siempre ha sido invencible, porque la religión católica la ha dado esfuerzo.»

Oiga, Sr. Vi... borezno, digo, Viteri:

¿ha leído usted por casualidad un librito que llaman Biblia, en donde se dice que también los *gentiles* tienen su ley y su moral? Y si lo ha leído, ¿de dónde ha sacado que los malos son los incrédulos? Por Barrabás, que debe ser usted ignoranton. Satan *s cree* en Dios y le teme más que santo alguno. Y ya ve usted...

Contra la propiedad atentaba la Inquisición al confiscar los bienes de inocentes; asesinos eran los inquisidores al matar; ladrones, rebeldes á toda autoridad... ¡y en nombre de Dios!

Respecto á lo de que la religión ha dado fuerza á España, sólo he de decirle:

Que en pocos meses se apoderaron los moros de nuestro territorio, y tardamos ocho siglos en hacérselo de-alojar.

Que fuimos á todas partes con la cruz, y de todas partes nos echaron con la cruz á cuestras.

Y que si en la religión está el quid, debemos hoy conquistar á Francia, impia; Alemania, protestante; Inglaterra, id.; Rusia, cismática; etc., etc., por tener hoy España la exclusiva en punto á catolicismo.

Pero sospecho que no vamos á intentarlo. El *Barranco del Lobo*, donde huea todavía sangre española, nos ha enseñado que hasta los rifeños, cuando son más en número y el terreno les favorece, cuentan con el apoyo de Dios uno y trino.

Pensaba continuar zurrando á ese Viteri; mas ¡ay! se ha interpuesto entre él y mi deseo un versículo de la Biblia que me obliga á callar.

¿Que cuál es el versículo? Voy á decirlo, aun cuando no acostumbro á ser indiscreto:

Aquel que dice que no deben echarse margaritas á Viteris.

La riqueza

Nosotros, que gozamos de razón, no debemos ser más crueles que los brutos. Estos aceptan los productos de la tierra como cosas naturalmente comunes, y sin distinción alguna los usan entre ellos... Nosotros, al contrario, nos apropiamos las cosas que son comunes; poseemos solos las cosas que pertenecen al gran número... ¿No sois egoístas, avaros y ladrones, vosotros que retenéis lo que habéis recibido para comunicarlo y distribuirlo á mucho? Si se llama ladrón á aquel que quita un vestido, ¿debe darse otro nombre á quien, pudiendo, sin desnudarse, vestir á un hombre que no lo tiene, le deja, sin embargo, desnudo?...

Nada resiste al poder de las riquezas; todo cede á su tiranía; todo tiembla ante su poderío. Cuanto más se sufre por sus injusticias, tanto más deben temerse nuevos males, en razón de los que hemos ya sufrido. El rico, confiando en su autoridad, tiene una osadía sin límites. Siembra por todas partes y recoge lo que no le pertenece... Pobre; si tú resistes, te maltratan; si reclamas, tus quejas son consideradas como un

crimen... Tú dices: «Yo no quiero vender lo que tengo y no quiero tampoco darlo á los pobres; yo tengo hijos.» Y, ¿qué importa? ¿Acaso los Evangelios no están escritos para los casados?... «Yo daré mis bienes á los pobres por testamento. Es verdad; cuando yo te vea muerto, entonces creeré que tú amas al prójimo... Entonces daremos gracias á la muerte, no á tu virtud. Si hubieses sido inmortal, no hubieras pensado jamás en cumplir los mandamientos...»

SAN BASILIO

Lo que traslado á los obispos de hoy, para que denuncien ante los tribunales á ese santo que tan bien los retrata y tan duramente los trata.

Y también se lo traslado al Papa, y á los jesuitas, y á los frailes, y á las hermanas, y á cuantos en asuntos de Iglesia intervienen, ya que sólo se cuidan de dejar sin un pelo de lana á las ovejas del rebaño católico, cuando no les quitan la piel de paso.

Y que siga perorando San Basilio.

Justicia merecida

Un *luis* de Valladolid, Filemón Pérez Pérez, dió unos caramelos á cierta niña, y llevándola engañada la metió en una taberna, donde á favor de la oscuridad, pretendió violarla.

Gritó la criatura y acudieron varios transeúntes, que recriminaron al *luis* Filemón, sin hacer un «luisicidio», un «filemonicidio» y un «gorrinicidio» por no sé qué venturoso milagro de esos que la Providencia tiene siempre dispuestos para salvar en la hora crítica á los estupradores y pederastas católicos, apostólicos romanos.

El padre de la niña tampoco pudo matarle, aunque quiso. ¡Y luego, á todas horas, vemos hombres ternes que se matan por una perra chical!

No es que yo desee la defunción del *luis* vallisoletano. Me conformo con saber que está en la cárcel vivito y coleando y por mucho tiempo. Un sátiro entre cuatro paredes, sin un mísero ejemplar del sexo femenino, ¿no es bastante tormento ya?

Como es de suponer, el *luis* no ha pasado *siquiera* por frente á una escuela laica.

LA RELIGION AL ALCANCE DE TODOS

— POR —
R. H. DE IBARRETA

Este es el libro que se ha vendido más en España. Sólo en EL MOTIN se han tirado 62.000 ejemplares.

DOS PESETAS ejemplar. Rebaja del 25 por 100 á los suscriptores. Encuadernado en tela 2 pesetas.

HOMBRES DE AYER Y MUÑECOS DE HOY

A los liberales que hoy, comprendiendo que casi todos los males nos vienen de la Curia romana, se asustan ante la idea de tener que exponerle al Papa la observación más pequeña, les recomiendo que lean el documento siguiente, firmado por el ministro don José Alonso en Enero de 1842. En él encontrarán lo que á ellos les falta: entereza, celo para velar por los intereses y derechos nacionales, amor á la justicia, valor para rechazar humillantes exigencias, conciencia del derecho, respeto á la justicia, patriotismo, en fin:

A LAS CORTES: La potestad de atar y desatar concedida á los apóstoles, lo fué igualmente á los sucesores de éstos, los obispos. Enviados aquéllos por el mundo á predicar el Evangelio, ejercitaron plenamente sin reservas ni restricciones aquella misma potestad. Sin contar con el primado de Roma, no sólo los apóstoles, sino también sus discípulos, elevados al obispado decían en materias de fe, dispensaban en lo que se presentaba necesario, y creaban obispos que para ejercer su potestad no necesitaron obtener de Roma ni la confirmación, ni las bulas que la acreditasen, ni pagar por esto cantidad alguna de dinero. Las falsas decretales, proponiéndose elevar aquel primado á un poder que desde la fundación de la Iglesia, jamás había sido reconocido, principiaron por menguar la potestad de los obispos, reservando á aquél lo que era propio de éstos.

Roma, halagada con estas doctrinas, después de ampliar sus facultades en lo espiritual, trató de extenderlas á lo terreno, aspirando á la monarquía universal. Nada tenía de extraño que quien extralimitándose del reino de Jesucristo, que él mismo proclamó no ser de este mundo invadía la autoridad temporal, se arrogase las facultades espirituales concedidas como á él sus co-episcopos.

Los príncipes seculares, algún tiempo vejados y humillados por esa supremacía universal, sostenida por el fanatismo y propagada con el abuso que se hacía de la ignorancia y preocupaciones de los pueblos, rechazaron más pronto, ó más tarde, con más ó menos energía y fortaleza, aquella supremacía: y por último, trazaron la línea que separa el sacerdocio del imperio, contentos con haber restablecido su independencia. No todos se cuidaron de la disciplina de la Iglesia, de sus dominios, y ó no conocieron ó creyeron no ser perjudicial á su política esa omnipotencia eclesiástica que podía cooperar eficazmente á sostener el imperio de su voluntad absoluta sobre los pueblos. Y de aquí es que más de una vez los rayos del Vaticano, la autoridad y tribunales eclesiásticos vinieron á ser nuevos instrumentos de una política opresora y altamente despótica, así como también en alguna ocasión á turbar la quietud de los pueblos y á relajar la obediencia de éstos á sus príncipes.

Libre estuvo la España de esta influencia antes de la invasión de los ára-

bes. Constante en la fe, según la profesión del célebre concilio de Nicea, la Iglesia española arrugó por sí, de acuerdo, con intervención y aprobación de los reyes, todos los puntos de disciplina interior y exterior: sus decisiones se acordaban en aquellas célebres asambleas, convocadas y presididas por el Rey, compuestas de prebados y de grandes del reino, y en que indistintamente se trataban los negocios espirituales y terrenos. De aquí es que las resoluciones de estas asambleas, llamadas concilios, participaban del doble concepto de leyes y de cánones. Para nada se acudía á Roma, para nada se salía del reino; con nada se contribuía á aquella corte, y la religión católica florecía entonces en España con más gloria que nunca.

La desastrosa jornada del Guadalete, en que vino al suelo hecho pedruzcos el Trono, hasta entonces glorioso, de los godos, dejó el reino á merced de los vencedores, que lo inundaron con sus ejércitos sembrando por todas partes el terror, la desolación y el asombro. Desde entonces huyeron de nuestro suelo las ciencias, y el manto nebuloso de la ignorancia cubrió nuestro desgraciado hemisferio. Ya no hubo ley ni otra ocupación que la de la guerra en los primeros siglos de la resurrección: y cuando se echaron los fundamentos de la nueva monarquía entre el estrépito de las armas, no había otra idea que la del triunfo, ni otro estudio que el de los medios de adquirirle. Pocas ó ningunas leyes se acordaron en aquellos tiempos de inquietud y desasosiego: los consejos del poder se dirigían exclusivamente á la guerra y á las conquistas, como era natural. Así no sólo se olvidaron las leyes y los cánones, sino que ni medios había para restablecerlos ni para dictar otras nuevas.

Ya más adelantada la restauración, aunque no la ilustración, apareció en el trono de España un príncipe justamente apellidado Sabio, que con una sublimidad de conocimientos singular y prodigiosa en aquellos tiempos, escribió un cuerpo de leyes sistemático, que si bien se resiente en alguna de sus partes de los usos y hasta de las preocupaciones de los tiempos en que se redactó, ha llegado en lo demás hasta nuestros días sin envejecer á pesar del transcurso de tantos siglos, con menos de los cuales han caducado otros códigos, y naturalmente deben caducar los más.

Por desgracia para la pura y antiquísima disciplina de la Iglesia de España, pocos años antes que D. Alonso el Sabio escribiese sus Partidas, se había principiado á enseñar en Bolonia el derecho canónico, reducido entonces principalmente á la compilación del Monge Graciano, que sin crítica ni conocimiento, y acaso con designio, había incorporado en ella las falsas decretales de Isidoro. También en legislación ha habido modas, y en aquellos tiempos se generalizó demasiado la del derecho canónico, desgraciadamente tomado de fuentes tan impuras como cenagosas.

Así es que en las Partidas, al paso que se notan reminiscencias de la disciplina purísima de la Iglesia de España, se ven con preferencia adoptadas las doctrinas de la escuela de Bolonia contrarias á las de nuestros concilios nacionales, y depresivas de su pura y santa disciplina.

Nada tiene de extraño que de esta suerte se propagasen en nuestra patria, que se reconociesen y estudiasen las reservas, ni que en consecuencia se recurriese desde entonces para todo á Roma. Más adelante, y sin pasar muchos siglos, cuando ya el estado de la restauración dió algunas treguas para el estudio; cuando pudieron hacerse recuerdos sobre los pasados tiempos y sucesos de gloria y esplendor; cuando fueron saliendo de los sitios en que habían estado ocultos los códigos y concilios de la antigua Iglesia, y cuando la crítica severa é ilustrada pudo hacer sus investigaciones, se descubrieron la impostura de Isidoro, la ignorancia ó la malicia del Monge Graciano, y principiaron á hacerse restricciones á las facultades que con ese apoyo se había arrogado la corte de Roma, y aun resistencia á las disposiciones que en su virtud emanaban de aquella.

Dignos de prez y de eterna y agradecida memoria deben ser sin duda los príncipes españoles, que reconociendo sus facultades y mirando por el bien de sus pueblos, se opusieron á esas invasiones omnímodas que descansan en fundamentos tan deleznales, y con que se chupaba la sustancia de los pueblos de España para sostener el lujo de la curia romana, dominada de una avaricia condenada por el Evangelio. Desgracia es sin embargo que no haya habido perseverancia en aquellas sabias y saludables disposiciones; y tanto más deplorable es esta desgracia, cuanto que de creer es que ella fuese causada por una política provechosa á los imperantes, puesto que no puede dudarse cuán perjudicial fuera á los pueblos á quienes empobrecía.

A esta política, y no á otra causa debe atribuirse que las importantes reclamaciones encargadas á los célebres é ilustrados PIMENTEL y CHUMACERO, que conducidas con tanta sabiduría dejaron su contestación al ministerio de Roma, viniesen á parar en un Concordato, que como todos los celebrados con aquella corte, sólo han tenido el triste resultado de dejar en pie los abusos y regalar crecidas cantidades de dinero á la insaciable curia, que no por esto abdicó la astuta maña con que desde el momento que por un Concordato sacaba algún partido, principiaba á minarlo para ponerse en el caso de venir á otro que llevase á su poder nuevas sumas de dinero, arrancadas á los pueblos en medio de la miseria.

A esta misma política perjudicial á los pueblos es debido también que los esfuerzos constantes del ilustre CAMPOMANES por el restablecimiento de la pura disciplina de la Iglesia, no fuesen coronados con el éxito brillante que merecían y les era debido, y que continuasen los abusos, y que para todo se acudiese y se contribuyese á Roma. Escandaliza el leer las sumas que se han remitido á esa curia por las bulas de confirmación de los obispos, y cómo se distribuían; escandaliza lo que cuesta cada dispensa, hasta las más insignificantes, el número anual de éstas, y las gruesas sumas de dinero que con este motivo se extraen de ésta por tantos títulos de angrada nación; y por último, escandaliza cómo un poder que recibió gratuitamente, sólo se ejerza mediante el pago, contraviendo al expreso mandato de dar gratuitamente lo que se había recibido.

De temer es que todos estos abusos y escándalos se habrían perpetuado por el excesivo respeto de los españoles á los pactos y también á la santidad del pontífice romano, si él mismo no hubiese puesto á la España, no en ocasión, sino en necesidad absoluta de cortar aquellos abusos y escándalos, y si con la falta de cumplimiento de los concordatos por su parte no hubiese eximido á esta nación piadosa de su cumplimiento por la suya, sin faltar en esto á los respetos que siempre le conserva.

Confundiendo indebidamente la corte de Roma los conceptos diversos que Su Santidad reúne de príncipe temporal y pastor de la Iglesia, ha desatendido y desatendiendo la de España por espacio de nueve años, valiéndose del segundo concepto para llevar á cabo las hostilidades que sólo en el primero pudo decretar, y que en tal concepto siempre serían bien indiferentes y poco importantes para la España. En este sentido se ha negado, en los términos expuestos en el manifiesto del Gobierno de 30 de Julio del año último, á todo cuanto el Estado de la Iglesia de España exigía, según la disciplina existente, aunque fundada en los viciosos principios que van indicados. Y no se han contentado con esto, sino que en su impolítica y menos evangélica alocución de 1.º de Marzo último manifiesta haber levantado un muro delante de Israel: que es lo mismo que cortar toda comunicación con España, negarse abiertamente á todo lo que es de su obligación, y dejar la Iglesia española imposibilitada de seguir una disciplina, que aunque contraria á sus cánones y á su bienestar, observaba sin embargo religiosamente con graves é insuperables perjuicio de los españoles.

En tal situación, á la España no le queda otro arbitrio que ó doblar la rodilla ante un poder temporal, que es el que exclusivamente rige al espiritual, renunciando á su soberanía y á los actos emanados de ésta, ó buscar el alivio de sus necesidades y la expedición de sus negocios eclesiásticos en otra disciplina emanada de sus concilios católicos y nacionales, y observada por espacio de muchos siglos con general aprobación y ninguna resistencia ni oposición.

Lo primero sería mengua del honor y de la independencia de la nación; y no sería nunca el Gobierno actual el que lo propusiera y aconsejara, celoso como es de que nunca se menoscaben la soberanía, el decoro, la independencia ni las facultades del pueblo español legítimamente representado. Lo segundo, en tal situación, en la necesidad en que á este mismo pueblo, á su Iglesia, á sus Cortes y al Gobierno ha puesto la de Roma, es no sólo procedente y lícito, sino de absoluta necesidad.

Fundado, pues, en todas estas consideraciones, autorizado expresamente por S. A. el Regente del reino, y de acuerdo con el parecer del Consejo de Ministros, tengo el honor de someter á la deliberación de las Cortes las disposiciones que para salir de la necesidad en que la corte de Roma ha puesto voluntaria é indebidamente á la España, se comprenden en el siguiente

PROYECTO DE LEY. Art. 1.º La nación española no reconoce y en su consecuencia resiste las reservas que se han atribuido á la Silla Apostólica con mengua de la potestad de los obispos,

bajo cuyo título se ha tenido y tiene hostilmente desatendida la Iglesia de España en sus más importantes necesidades.

Art. 2.º Se prohíbe toda correspondencia que se dirija á obtener de la curia romana gracias, indultos, dispensas y concesiones eclesiásticas de cualquiera clase que sean, y los contraventores serán irremisiblemente castigados con las penas señaladas en la ley 1.ª, título 13, lib. I de la Novísima Recopilación.

Art. 3.º Los breves, rescriptos, bulas y cualesquiera otras letras ó despachos de la curia romana, que sin haber sido solicitadas directamente desde España vinieren á personas residentes en este reino, no sólo no podrán ser cumplidas, ejecutadas ni usadas, pero ni aun retenidas en poder de las personas á quienes viniesen, por más tiempo que el de veinte y cuatro horas que se señalan de término para entregarlas á la autoridad superior política, á fin de que las remita al gobierno. Toda infracción á lo dispuesto en este artículo será asimismo castigada con las penas establecidas en el anterior.

Art. 4.º Se prohíbe acudir á Roma en solicitud de dispensas de impedimentos, y no se dará curso á ninguna solicitud de esta clase.

Art. 5.º Por ahora, y mientras que en el código civil se hace la debida distinción entre el contrato y el sacramento del matrimonio, se regularizan los impedimentos y determina la autoridad que ha de dispensarlos y el modo; los M. RR. arzobispos y RR. obispos de España usarán por sí ó sus vicarios de las facultades que les competen para dispensar, siguiendo la conducta en este punto observada por prelados predecesores suyos, y arreglándose en ello á lo ordenado en el concilio de Trento, que dispone que rara vez y siempre gratuitamente se dispense.

Art. 6.º Por ningún título ni bajo ningún concepto volverá á enviarse de España ni por cuenta de España dinero alguno á Roma directa ni indirectamente con destino á aquella corte y su curia por motivos religiosos, bajo la pena de perder con otro tanto lo que se envíe, si fuere aprehendido, ó de pagar una multa del doble de lo enviado, y de sufrir además el castigo que corresponda con arreglo á la citada ley 1.ª, tit. 13, lib. I de la Novísima Recopilación.

Art. 7.º En ningún tiempo se admitirá en España nuncio ó legado de Su Santidad con facultades para conceder dispensas ni gracias, aunque sean gratuitas; las facultades que se les concedieren á este fin serán retenidas cuando presentaren sus bulas al pase.

Art. 8.º La nación no consiente la reserva introducida de confirmar en Roma y expedir bulas á los prelados presentados para las iglesias de España y sus dominios; debiendo arreglarse este punto á lo dispuesto en el canon 6 del concilio XII de Toledo, y á la más pura disciplina de la Iglesia de España.

Art. 9.º El eclesiástico presentado para alguna de dichas iglesias que intentare su confirmación en Roma, ó la expedición de bulas, tanto para ésta, cuanto los metropolitanos para obtener el palio, y los que las obtuvieren subrepticamente, serán extrañados del reino y sus temporalidades ocupadas.

Art. 10. Las mismas penas expresa-

das en el artículo anterior serán aplicadas á los prelados que se negaren al cumplimiento de lo dispuesto en esta ley.

Art. 11. Respetando en el sumo pontífice la calidad de centro de unidad de la Iglesia, tendrán curso todas las comunicaciones que terminen á puntos de esta naturaleza; pero deberán dirigirse todas por conducto del Gobierno, el cual las examinará para calificar las que sean de esta clase: las que no pertenezcieren á ellas, serán retenidas.

Art. 12. Quedan suprimidas las Agencias de preces á Roma, establecidas en aquella corte y en la de Madrid.

Art. 13. Se derogan todas las leyes, renuncia la nación todas las concesiones hechas á su favor por la Silla apostólica, y no consiente las reservas contrarias á lo que en esta ley se establece y determina.

Art. 14. Se expedirán las oportunas circulares á los M. RR. arzobispos y RR. obispos del reino para que cumplan con lo dispuesto en esta ley, y cooperen con la mayor eficacia á que se conserve la tranquilidad de las ciencias entre sus respectivos diócesanos, y les hagan conocer la justicia y necesidad con que las Cortes y el Gobierno han tenido que tomar estas disposiciones.

Madrid 20 de Enero de 1842.—José Alonso.

Después de leer esto, se sienten enrojecidas de vergüenza las mejillas, al pensar en lo que ha variado en setenta años este pueblo altivo que jamás toleró imposiciones de nadie, y hoy tiembla de miedo ante un poder que sólo preocupa ya en el mundo á esta nación de políticos sin convicciones, de gobernantes castrados, y de liberales que, para disculpar su actitud cobarde ante el clericalismo, exclaman, entre compungidos y sollozantes: «¿Y qué vamos á hacer, si se nos ha apoderado de la mujer?»

¿Que qué vais á hacer, cornudos morales? Lo que hace todo el que siente arder vivo en su pecho el fuego del honor; cortar por lo sano; impedir que vuestras mujeres continúen seducidas, explotadas y envilecidas por el sacerdocio; ser hombres, en una palabra.

¿Pero qué estoy diciendo, si los que no vivís de ellas, estáis más sometidos aún que ellas al cura y a fraile, y no por fe religiosa ni por convicción honrada, sino por hipocresía despreciable ó por estímulos de conveniencia?

¡Pobre país éste, donde, para hacer algo grande que conforte y enorgullezca, hay que volver la vista al pasado y evocar los nombres de los que fueron! Diez años más de degradaciones y cobardías, y desaparecerá repartido entre dos ó tres naciones que tengan de la vida concepto más elevado.

Muestras de mi estilo.—Cuadros de miseria.—Degradaciones y cobardías.—Punada de irrnias.—Humorismo anticlerical.—Cartas y dedicatorias.—Mi paso por la Cárcel.

TRES PESETAS TOMO

SOLO PARA HOMBRES!

SICALIPSIS MONASTICA

II

La fuga de la paloma

L'amour illumine par la résist'ence
et se nourrit par la difficulté.
(La mariscala de Terraques.)

Si, los propagandistas religiosos sacan gran partido del cuadro a primera vista maravilloso de una joven rica, hermosa y de porvenir, que abandona el mundo suyo de gloria y de brillo, para sepultarse en el convento. Más de una vez me había sorprendido este fenómeno, por no fijarme en la gran realidad de la máxima antes anotada: «aquello que uno cree, es lo único que existe para él.» Ciertamente la sensación de las cosas no se verifica fuera, sino dentro de nosotros, en el cerebro; y en esa máquina sensitiva, se siente lo que se cree sentir y no lo que existe.

Hemos visto en el artículo anterior cómo el fraile enseña a la joven a fabricarse un hombre para sí, a medida de su deseo: rubio, alto, delgado, grueso, moreno, joven, travieso o zangolotino. A esa ficción ayudan a darle realidad las mil pinturas y estatuas sagradas; hay hombres para todos los gustos femeninos. A ese Tipo se le da un nombre: *Jesús, Dios, Eli*, un nombre de hombre; se le atribuye una historia de amor igneo hacia la educanda, como la criada recadera pinta a la joven incomunicada el amor del novio invisible. Se produce el enamoramiento: a la primera ocasión, la piadosa se fuga... a buscar su nidito.

Una vez adquirida por la ilusión la fuerza supra-real, ¿qué diferencia va entre la fuga de la enamorada con su novio, o la de la novicia al convento? Realmente ninguna. A veces, la chiquilla va al convento en busca del *modus vivendi*. Las

¡pobres, chicas, las que tienen que servir! si por añadidura son feas y con pocas esperanzas de colocación, ¿qué porvenir les ofrece este estado social desorganizado que carece de medios defensivos de la vida, en comparación con el reposado y definitivo porvenir del convento? No sirven para esposas ni para madres: ¡criadas de servir, a quince pesetas mensuales, sin retiro, y a la primera enfermedad al hospital!...

Esas van a buscar el *capit'lo matronia*; el título de hermanas que les libre del insulto de *fregonas*. Esta producción social de monjas es la producción que los histólogos llaman *ex vacuo*. En la sociedad falta una plaza para estas criaturas; la ven allá, en el convento, y a ella acuden.

Otra causa de fuga monacal es la mala vida que muchos padres dan a sus hijas, atadas a ser perrillos falderos de una mamá gruñona, de un viejo cruel y

asceta, vida peor que la carcelaria, y de la cual la del convento es alivio y respiro. Estas no van al convento: huyen de la tiranía de sus casas.

Otra causa es la perversa educación social. La joven que ofrece de tipo el P. Valencina, «había perdido la túnica, rota por una mano pecaminosa». Era doncella, pero no era virgen. El día que se casara, su esposo había de descubrir la mentira de su doncellez. ¿Cuántas jóvenes hay capaces de confesar a su novio tal *pecado*...? La fuerza fisiológica del pudor, la arrastra al convento; allí podrá profesar la virginidad solemne, sin esposo que la indague. Valencina no ha querido insinuar siquiera este punto; pero realmente su libro va enderezado de un modo especial a hacer cubrir con el velo de monja la falta de virginidad positiva.

Sin ninguna de estas causas, bastaría la *ilusión* para arrancar del trono a la reina y llevarla al convento. La condesita de Catani renunció sus honores y títulos para casarse con un jardinero. Esta renuncia, tan decantada por los frailes, es simplemente el consabido «contigo pan y cebolla».

Esto es lo que ha dicho a su amante la del padre Provincial.

«Contigo, una renta modesta, pero tranquila y libre de apuros, sin embarazos molestos, sin partos dolorosos, sin lactancias, sin deberes y sin cuidados; sin padres, sin hermanos, sin vecinos, sin hijos y sin nietos; solos tú y yo... ¡en el convento!»

Y véase en lo que voy a transcribir, el arte y maña del capuchino en dar el atractivo posible, al convento, al día de entrada, a la vida de las cosas, con una voluptuosidad que no rechazaría Zola para una escena realista.

Habla la novicia de luengas barbas y el Provincial con falsete y hábito de polita:

La mañana que me recibió en su casa no la olvidaré jamás. El sol acababa de salir y enviaba sus primeras luces hacia las azuladas aguas del dormido mar, en cuya clara superficie, ligeramente rizada por la brisa, reflejábanse los rayos del naciente sol. Las aves abandonaban sus nidos y batían sus alas, lanzándose al espacio, trinando alegremente, y alabando al Criador con sus arpadas lenguas: ni la más ligera nube empañaba el purísimo azul del horizonte; ni la más ligera sombra empañaba el cielo de mi felicidad.

Al pasar el umbral de la puerta, un suspiro se escapó de lo íntimo de mi alma y exclamé: Este es el lugar de mi reposo y el sitio de mi descanso, pues lo escogí; y parecióme que los altos cipreses y las pequeñas flores del patio se inclinaban dulcemente, dando asentimiento a mis palabras, y dándome también la bienvenida.

¿Qué sintió mi alma, cuando al fin me vi vestida con aquel vestido por el cual tanto había llorado? ¡Ah! Parecióme que él me hablaba con cariño y me decía: Mira; ya no podrás llegar hasta ti ni dañarte el, ¡porque yo estoy aquí para

defenderte. Y yo lo acariciaba con entusiasmo ¡cual puede acariciar un guerrero la férrea cota que le defiende de los golpes enemigos.

Me miraba, y no sabía si reír o si llorar de gozo: corrí para que me vieran los muros con mi nuevo traje: llegué al huerto y saludé a las flores, y a las plantas, pidiéndoles albricias: bajé al patio y abracé sus columnas, besándolas con delirio y diciéndoles en cada beso: Ya estaré siempre con vosotros.

Paseé los corredores, diciéndoles que eran míos y yo de ellos; ellos la jaula y yo la avejilla voluntariamente presa entre sus muros; subí a mi cuarto, besé su pavimento, sonreí a sus paredes y prometí vivir en él, como la que me había precedido en aquella dulce morada: ¡miré y hablé a mi Prometido: ¡Lo ves, ¡Tuya! ¡Siempre tuya! Y... saboreando estas palabras y repitiendo estas obras, pasé ¡deliciosos días. ¡

En aquel tiempo era yo una de esas cariñosas ovejitas que no pueden vivir separadas un instante de su buen pastor: si comen, ha de ser junto a él; si duermen, tiene que ser a sus pies; si se recrean, ha de ser con él; no saben vivir de otro modo. Así vivía yo, pensando siempre en ti, ¡amando sólo a ti! Mi vida ¡así tenía que ser; por tí, para tí y en tí.

Santa.—Hálito ponzoñoso del mundo.—
Santo.—El convento.—Vetustos.—Clausros.—
Santa.—Me dirigí al coro y desde sus rejillas.—Al sagrario.—Jesús mío.—Los.—De mi noviciado.—¡Oh Jesús mío!—En el claustro.

Comentario

¿Se ha fijado el lector? No he visto boda alguna en que la novia, al separarse de sus padres y hermanos, no rompa en llanto. Siente fraccionarse su corazón entre el *pasado* de donde viene y a quien debe el ser, y el porvenir donde viven los seres que atesora en su seno.

La novicia esa ideal de Valencina, con refinada astucia ha suprimido todo concepto de familia en su novela. Su heroína no es de la especie humana; ni siquiera de la especie de las arañas que conservan memoria de la familia durante nueve días. Esa novicia-infra-bestia no se acuerda de sus padres, ni de amigas, ni de los mil bienhechores que le dieron el ser, la limpiaron, la vistieron y calzaron y soportaron sus necesidades, hipocresía, egoísmo y ruindad de corazón.

Una hospiciaria se acordaría de algo... No ve más que el convento, las dulzuras del convento, sus fantasías de loca egoísta.

La joven lee esta novela y este cuadro poético, y siente que el fraile le está murmurando al oído: *ese novio puede ser para ti... ese nido para ti...* ¿Cuántos millares de jóvenes se habrán enamorado de los tipos de novela, y que, de imaginar que no eran novelescos, habrían corrido en su busca! He aquí el fenómeno: el personaje novelesco de Valencina, toma realidad en la fantasía... y la joven loca se fuga...

«¡Siempre tuya... En ti, por ti y para ti!»

Parece copiarlo de un manual epistolar para enamorados.

¡Ya está en el palacio encantado!

La boda solemne

«La prison le fit poète et le fit amoureux.»

(Mlle. de Guigny á Andrés Chénier.)

A Dios le pasa con sus esposas lo que á la mayoría de los hombres con las suyas: no se creen casadas si no media una solemnidad de ritos estrambóticos.

Algo hay de naturalísimo en este fenómeno. Por mucho cariño que se profesen dos novios tienen que preguntárselo á cada momento: ¿me quieres? ¿Me querías siempre? ¿Me lo juras?... No bastan las obras: son precisas las palabras y los juramentos. El amor siente hambre infinita de ser amado, y creyendo que aquella hambre ha de permanecer siempre, quiere asegurar en el depósito del juramento la saciedad futura.

El matrimonio entre Dios y el alma, verificase en lo íntimo del corazón: en el seno del espíritu. ¿Qué necesidad tiene de sanción humana ese matrimonio?

Aquí de la mano del fraile y de la Iglesia. Esta, en una de sus infinitas aberraciones, hase llamado al señorío de ese matrimonio místico, quitando á Dios y á la mujer el derecho de casarse entre sí, sin su intervención. Los votos privados son como los amoríos secretos: no surten efecto ante la Iglesia. Y como ésta es tan sabia, sabe cuando puede disolver estos matrimonios, y fácilmente falla el divorcio entre Dios y la mujer, cuando se han casado sin su intervención; un simple confesor puede declarar á la esposa divina libre del deber conyugal con Dios. Pero si el casamiento lo intervino la Iglesia, ni Dios es capaz de soltar el yugo; la Iglesia no dispensa el voto solemne á no ser que medien muchos miles de liras. Su lema canónico es éste: «No separe Dios lo que el hombre eclesiástico ha unido.»

Fácilmente autoriza la separación de *toro* que dice ella, es decir, dispensa á la monja de estar en el convento: pero no la permite casarse con otro hombre; el *marido eclesiástico* es como los chinos que enterraban con el marido sus mujeres sobrevivientes para que nadie las profanara.

Admiremos este enredo eclesiástico y felicitemonos de haber nacido en un país donde el pródigo Estado confirma con sus bayonetas, con sus tribunales togados y con sus cámaras de respetables prohombres, estas maravillas de la telaraña clerical.

..

Pero antes de celebrarse la boda, el Hombre eclesiástico tiene una ventaja canónica que la Iglesia no ha concedido á los simples seglares: recibe la esposa á prueba durante un período más ó menos largo, llamado noviciado. ¡No se puede dejar el Esposo celestial!

Este período, tal como lo describe Valencina en el capítulo antes citado, nos ofrece dos particularidades psicológicas. Una de ellas es el arte de *divinizar* los objetos todos, para excitar en ellos la «presencia del Esposo». Este fenómeno es propio del amor. Háblalo observado la genial María Bashkirtseff: «dos seres enamorados tienen la ilusión de un universo admirable y perfecto, tal como pudieron soñarlo los filósofos, Aristóteles ó yo, por ejemplo; esta es la gran atracción del amor». No se ve, pues, diferencia alguna entre el amor monacal en su ideal perfección, presentada por el capuchino, y el amor psico-fisiológico ordinario.

La otra observación en el capítulo que aquí exponemos, es acerca del modo de atrofiar y matar las actividades humanas gastadas en entretenimientos de juegos infantiles, que, al aplicarse á personas mayores, resultan simiescos. ¿Puede haber espectáculo más desconizador que el de un convento donde veinte ó treinta mujeres, mayores de edad todas ellas, y viejas acacinadas muchas de ellas, se devanan los sesos rebuscando en sus cerebros el modo de componer un ramo de flores de lenguaje convencional, para expresar una idea? Reducir ahí el afán de un ser humano y colocar en tal sánzle la preocupación de un ser racional: sobre ser estúpido, Invertidor de las edades y atrofiador de las humanas facultades, es grotesco y carnavalesco; algo que tiene aire de manicomio. Esto es indisculpable en la *Adela y Manuel*, de donde parece copiado este lenguaje de las flores, como les es forzoso á los novios impedidos por los suegros, hablarse con el abanico y con el pañuelo. Pero, ¿en la monja con Dios?...

He aquí los términos en que describe el fraile esta vida de *solitarios* holgazanes y ridículos; la supuesta novicia habla de su maestra y de sí misma:

Tocóme en suerte y dióme el cielo por maestra una Mujer singular, verdadero ángel de la tierra, ejemplar de todas las virtudes. Tenía la fortaleza del mártir, la prudencia del sabio, el celo de un apóstol, el candor de una virgen, la penetración de los querubines, y un alma delicada, sensible y tierna, como de niña inocente.

Vivía endiosada en medio de sus ocupaciones, sin que éstas jamás fueran parte para turbar su quietud ni sacarla de su celestial endiosamiento.....

Como la Maestra era tan apasionada á la floricultura, las novicias cultivábamos el jardín y las plantas del cementerio; regábamos las flores y corríamos tras las mariposas las tardes de recreo; y antes de retirarnos á la celda, cada una se dirigía al pedacito de jardín que cultivaba, para llevar un ramo de flores al altar de su imagen querida. Yo me quedaba embobada en aquellos momentos y no hubiera trocado mi suerte por la de ninguna hija de Adán. Contemplaba mis flores, las acariciaba, hablaba con ellas y les decía que las miraba con cariño, que eran mías, porque después

de Dios á mí me debían su existencia, sus matices, su fragancia y lozanía. (a) Entonces hacía un ramito de ellas y lo enviaba al sagrario.

Si no estaba satisfecha de mi comportamiento, comenzaba el ramito con hojas ásperas, confesaba así mi ingratitude; luego añadía otras de mirra, expresando así mi amargura y mi pesar; después ponía ramitas de lila morada y de mirto, manifestando con ellas la emoción de mi alma y mis deseos. Seguíales un cerco de rosas encarnadas, diciéndole que todo aquello se convertiría en amor suyo. Sobre éste descollaba otro de claveles, así iba significando cuanto deseaba ó sentía, para que las flores se lo dijeran por mí al amado de mi alma. Cuando dominaba mi genio ó vencía en silencio mi amor propio, adornaba el ramo con hojas de laurel, símbolo de la victoria; y cuando lograba corregirme bien de algún defecto, lo significaba poniendo medio caído en el ramo un palito de pino verde, como diciendo: ¡Ya cayó otro coloso!

Las últimas flores que puse en su altar, fueron el girasol y la siempreviva, protestando, que siempre viviría para tí y sólo para tí; que tú serías el sol alrededor del cual girarían todos los afectos de mi alma.

Pero ¿á qué entretenerme en contar más menudencias? ¿A qué hablar de lo que sólo á mí me importa? ¡Ay, obediencia santa, contentate con esto y no me exijas más; por piedad, por Dios lo pido!

Y espejo de la vida monacal.—Para con Dios.—De ser santa.—A Jesús.—Antes de profesar.—¡Oh Jesús mío!—Permíteme dejar en el tintero lo que por mí pasó mientras fui su Prometida.

Comentario

He aquí una «religión» que no habían imaginado los monjes de la selva: convertir en acto de perfección para una mujer hecha y derecha á la cual mensualmente la naturaleza acusa vergonzosamente su deber de ser madre, los juegos pueriles de perseguir mariposas y hacer hablar las flores; mérito y belleza igual á la de los niños á quienes se enseña á obrar como viejos, á la taciturnidad y gravedad de viejos. Esto es simiesco.

El corazón de esa fierecilla está muerto para el mundo; muerto para la maternidad, muerto para su familia, muerto para todos los deberes sociales y humanos. Parásita de la humanidad, reclamará con campaneos que el Estado la lleve allí la comida, el vestido, la medicina, el privilegio, la veneración; la humanidad debe sacrificarse por ella que ha renegado de la humanidad á quien odia; mientras las madres engendren hijos que la mantengan á ella, que trabajen por ella en la áspera vida del trabajo, de la enfermedad y de la muerte, ella se dedicará á coger mariposas y á cuidar flores, estériles como ella...!

Y así pasará el noviciado: sumida en la estupidez, en la holgazanería y en fruslerías.

(a) Si esto no es un reproche á la esterilidad, merecería serlo. No procrea hijos y procrea flores y siente el placer de procreación.

Valencina, que al escribir este capítulo parece haber tenido presente los magníficos pensamientos de Francisco de Asís a la Naturaleza, no ha sabido elevarse a la sensación del serafín de Asís; él sentía la hermandad del pájaro, de la flor, del asno y del insecto; era un panteísmo vivísimo chispeando amores; pero en ese amor, su hermano, el hombre, ocupaba el primer sitio; tenía alguna fecundidad y más en razón de los tiempos y de las costumbres de la época.

Con estos pensamientos de Asís y con la novela *Ruinas de mi convento*, el fraile ha debido tejer su capítulo de amoríos petrimetros. Jugando a mudos para poder hablar con signos... ¡Archiridicu!

Y de ahí... a la boda solemne.

S. PEY ORDEIX

(Continuará.)

Petición macabra

Entre los chinos se considera como regalo muy apropiado para una persona de edad un féretro, especialmente si la persona está mal de salud.

Se lo advierto a los jesuitas que tengo enfrente, para que imiten a los chinos el día que me ponga enfermo.

Si recobro la salud, regalaré a mi vez el féretro al primer pobre que muera en la vecindad; y si finiquito, me archivaré en él como una persona mayor.

Esto les demostrará que comienzo a preocuparme de las cosas de la otra vida, y a sospechar que quizás no deje la cantidad necesaria para comprar un féretro, por no haberlos imitado a ellos en lo de captar herencias, desplumar viudas, despojar huérfanos y demás virtudes que constituyen su especialidad.

¡Ah! Se me olvidaba. Que sea decente el féretro. No estaría bien visto que un impío de mi fuste se pudriera entre cuatro tablas groseras, es decir, frailescas.

Y no les digo más, por estar seguro de que me harían ese regalo con mucho gusto, y cuanto más pronto, mejor.

¿Es católico el pueblo español?

Léanse los siguientes refranes y coplas que repite a cada paso, y júzguese:

El abad y el gorrión, dos malas aves son.

Sin clérigo y palomar, ternás limpio tu lugar.

El que quiera ver por dentro a un cristiano, que mate a un marrano.

La cruz en el pecho y el diablo en los hechos.

Primero es la obligación que la devoción.

Los diezmos de Dios, de tres blancas sisar dos.

Gracias a la rama, que la voluntad de Dios bien conocida estaba.

Lo diablo quand es vell, se fa hermitá.

Judío por la mercadería é frade por la hipocresía.

Parece que le ha hecho la boca un fraile.

Cabe señor y cabe iglesia, no pongas teja.

Siempre se aparece la Madre de Dios a los pastores.

Quien quisiere a su hijo bellaco del todo, méalo misario ó a mozo de coro.

Más vale cagarruta de oveja que bendición de obispo.

A la puerta del rezador, no pongas tu trigo al sol.

Romería de cerca, mucho vino y poca cera.

Entre santa y santo, pared de cal y canto.

Cuando no dan los campos, no lo han los santos.

Fiate de la Virgen y no corras.

Nunca vi de cosa menos, que de abades y obispos buenos.

Abad de zarguela, comiste la olla, pedís la cazuela.

A clérigo hecho de fraile, no le fies tu comadre.

Al fraile hueco, sogá verde y almenadro seco.

Al fraile mesurado, mírale de lejos y háblale de lado.

Al fraile no le hagas cama, ni le des tu mujer por ama.

Amores de monja y de almendral, pronto vienen y pronto se van.

Beata con devoción, las tocas bajas y el rabo ladrón.

Clérigo, fraile ó judío, no le tengas por amigo.

Cregos, frades, tegas é choyas, d'o ao demo las cuatro joyas.

El clérigo y el fraile, al que han menester, llaman compadre.

El cuerpo santo y el alma con el diablo.

El monje rápalo de alonje.

En mujeres, ciegos y frailes, los mosquitos son elefantes.

Fraile que su regla guarda, toma de todos y no da nada.

Fraile cuco, lámpara de saúco.

Fraile cucarro, deja la misa y váse al jarro.

Fraile franciscano, el papo abierto y el saco cerrado.

Mozo mísero, abad balíestero y fraile cortés, reniego de todos tres.

Ar clérigo sandeu, parécelhe que todo o mundo é seu.

El abad de Bamba, lo que no puede comer dálo por su alma.

En casa de abad, comer y llevar.

Camino de Roma, ni mula coja ni bolsa floja.

Moza muy disantera, ó gran romera ó gran ramera.

Ni fraile por amigo, ni clérigo por vecino.

Quien á Roma va, dinero llevará.

Ni fies mujer de fraile, ni barajes con compadre.

A los frailes y al cochino, no hay que enseñar es más que una vez el camino.

En viendo á un fraile de la Merced, arrímalo á la pared.

Dos cosas no se pueden saciar: los frailes y el mar.

Más vale vuelta de llave, que conciencia de fraile.

En regalos de monja, fuego de estopa y amistad de fraile, no fie nadie.

Ni fraile en bodas, ni perro entre las ollas.

Entre fraile y fraile, Dios nos guarde.

Pedra de igreja, oro goteja.

Ir romera, volver ramera.

Una higa hay en Roma para el que le dan y no toma.

Un romero no quiere á otro por compañero.

Por las aldas del vicario sube el Diabolo al campanario.

Reniego de hombre que se viste por la cabeza.

LOS IDÓLATRAS

La tumba de Mahoma está cubierta con diamantes, zafiros y rubies, que valen, según se calcula, 75 millones de pesetas.

Las religiones falsas tienen eso: adornan sus ídolos con joyas de incalculable valor, mientras se mueren de hambre sus adeptos.

Bendigamos los españoles a la Providencia, por habernos hecho nacer en un país donde se profesa la única religión verdadera, y, por lo tanto, no son posibles tales anomalías, con honores de infamia social.

Memorias de un jesuita

Los millones de la condesa

La condesa de B... era una de las más legítimas esperanzas de la Compañía; todos estábamos dedicados á adularla y cantar sus virtudes.

Sin embargo, los superiores no estaban contentos de ella; era devota, es verdad; hacía grandes donativos á los colegios y residencias de jesuitas; practicaba una vez al año los ejercicios, que son la piedra de toque de los amigos verdaderos de San Ignacio, y de todas maneras mostraba su fe viva, encendida piedad, deseos vivísimos de ganar el cielo; pero era muy suya; todo lo hacía á su manera: no tenía ni sombra de la docilidad de las Pastranas ó Vilumas; se resistía con frecuencia á los consejos de los padres, y aun había llegado á vituperar las prácticas y modo de ser de la Compañía.

«¡Diferencia va de la madre á la hija!», se oía decir con frecuencia en nuestras casas. «La madre tenía mucho más talento y además era mejor cristiana.» «Con la hija vamos á tener muchos disgustos.» Por de contado, la condesa hija no había querido seguir la costumbre de que en su casa viviera un jesuita.

La regla prohíbe terminantemente que los de la Compañía vivan ni coman siquiera fuera de su casa; pero median los millones de una señora como la condesa, la regla se había ido á paseo, y un padre, profeso por más señas, aunque no de cuatro votos, sino de tres, había vivido y muerto también en el palacio de B...

Eso de ser profeso de tres votos solemnes, no se usa en la Compañía de Jesús, donde la profesión, ó es de cuatro votos, ó de votos simples, es decir, no es profesión. El padre Cabré, que de éste se trata, aportó á la Orden un enorme

capital, y en premio se le concedió que fuera profeso, aun habiendo salido mal del examen que llaman *ad gradum*; pero profeso de tres veces votos solemnes.

Muerto el tal padre, la condesa archimillonaria no quiso, de ninguna manera, admitir un sucesor, y este fué un gran motivo de disgusto para la familia ignaciana.

En esto, cierto día se presenta en la residencia de la calle de los Dos Amigos un padre que se llamaba *Hidalgo*, como se llamaba *Cándido* Necedal, y que era lo menos hidalgo y lo más patán que había en Madrid; venía con el cabello erizado, los ojos fuera de las órbitas, el pulso agitado, la frente bañada en sudor y todas las señales de la más viva agitación.

—¿Qué sucede?—preguntamos todos, pues yo también allí me encontraba.

—Una friolera—contestó el padre;—que estamos perdidos; que se nos van ochenta ó cien millones de entre las manos; ¡que la condesa de B... ha tomado un cura secular para capellán de su casa!

—¡Imposible!—exclamó el padre rector.

—¿Imposible? Ya está viviendo en la casa, y es un hombre por completo enemigo de los jesuitas.

—Pero ¿qué ha pasado ahí?

—Me figuro que es cosa de Silvela.

—Sería para matarlo.

—Cualquiera lo mata, siendo hoy el brazo derecho de Cánovas.

—¿En qué tesitura se ha colocado la condesa con respecto á nosotros?

—En la de haberse ido á Toledo sin decir una palabra ni dejar escrito un renglón para mí que le decía misa.

—Eso no puede quedar así; hay que dar cuenta al cardenal, que es muy amigo nuestro, y que suspenda de licencias al tal curita.

—Me parece excelente idea.

—Ahora mismo me voy á ver al arzobispo.

Fué efectivamente el rector á ver al arzobispo y éste suspendió de licencias, porque sí, al nuevo capellán de la de B...

Se enteró Silvela, se lo dice á Cánovas, habla éste con el prelado, y no sé lo que le diría, que á las veinticuatro horas ya tenía otra vez el cura corrientes sus licencias de decir misa.

No las utilizó mucho tiempo; que á los seis ó ocho meses dejó la sotana para no volvérsela á poner; empezó á disponer de los bienes de la condesa como si fueran propios, y con el habano en la boca y guiando magníficos caballos entraba en Toledo ó paseaba las calles de Madrid.

Súpose en la Residencia que se trataba nada menos que de autorizar al afortunado capellán para casarse canónicamente con la condesa.

Señora y capellán se fueron á Roma; allí los jesuitas trabajaron como negros, se vieron negros y maldijeron su negra suerte, porque tres millones de pesetas entregados al dinero de San Pedro, orillaron todas las dificultades y el extraño matrimonio se verificó.

En Madrid, al saberlo, dijimos todos los jesuitas:

—*Cohsumatum est.*—«Los millones de la condesa de B... volaron para siempre.»

GIL BLAS DE SANTILLANA

Católicos pretenciosos

Un cura de la parroquia de San Sebastián de Huarás (Perú) intentó despenar con un revólver á D. Ezequiel Angeles, presidente de la Sociedad de auxilios mutuos de Artesanos.

Con tal motivo, los miembros de esta institución han pedido al obispo su destitución, invocando, entre otras, las siguientes causas:

Que es adúltero; que sedujo una sirvienta de don Félix Bracale; que ha sobornado á infelices indígenas de Pampas, para que declaren á favor en el juicio que se sigue á su hermano Ambrosio, por haber asesinado al conocido propietario de Ocos, don Hilario Ramírez; que cobra precios exorbitantes por el bautismo, casamiento y demás chapuzas de su oficio, etc., etc.

Hará muy mal aquel obispo en destituir á un sacerdote que sólo tiene esos defectillos.

Si dieran los de España en ser tan escrupulosos, no se verían más que curas por esos caminos de Dios.

Por lo demás, paréceme pretensión inusitada la de aquellos feligreses peruanos que quieren tener curas perfectos.

Nadie tiene derecho á pedir o imposible.

Fantasías cuaresmales

V Y ÚLTIMO

Repitámoslo: «Mientras exista una conciencia esclava, habrá dolor sobre la tierra.» La liberación de la conciencia ha de ser, pues, el primer paso de hombre hacia su amplia y absoluta liberación.

Llegada la hora claudicante de los grandes mitos, el definitivo crepúsculo de los dioses, el hombre libre de fanatismos, consciente y fuerte, sabrá imponer su gesto de rebeldía contra todas las ficciones que hacen la vida desolada y triste.

Consciente de la vida, todos sus ideales se inspirarán en ella, y la existencia, con la elevada finalidad del gozo y del placer, transcurrirá sobre la tierra, amable y serena como el correr de una fuente encantada por entre una pradera tapizada de plantas en flor.

Triunfará la religión del vivir. El derecho á la vida llevará involucrado el derecho á gozar, como *condición humana* que diferencie al hombre del vegetal de las plantas y del pastar de las bestias.

La plegaria á la Vida surgirá de labios del hombre, como una mariposa nostálgica de luz, cándida como la sonrisa de un niño, piadosa como el beso de una madre sobre la frente del hijito enfermo...

Y el hombre, instintivamente perverso, devendrá bueno. La felicidad habrá obrado el milagro. Un hombre feliz es un hombre bueno. En un momento de elicidad, hasta el criminal innoble siente la ternura de una afección, el correr de una lágrima resbalando sobre la arcada de los ojos, huérfanos de sentimiento.

Y reinará el amor. El amor que extenderá sus blancas alas consoladoras sobre la humanidad toda, como una larga caricia que haga olvidar las fatalidades que se oponen al reino absoluto y único de la felicidad.

La existencia será dignificada. Todos los esfuerzos del hombre tenderán á este fin. La inteligencia inagotable y grande, luminosa y bienhechora, trabajará para el hombre, no contra el hombre, fecundando á la Ciencia, para hacer ofrenda á la Humanidad de una segunda madre pródiga de bienestares ó bienandanzas.

Y el hombre abominará hasta del recuerdo de todo lo que se oponía á su dicha. Las viejas imágenes de los cultos religiosos, en las vitrinas de los museos, ostentarán su rostro impasible y pensativo bajo la curiosa mirada de la multitud admirativa, delante de los labios del evocador, del visionario de pasadas épocas, que se plegarán en una sonrisa de incredulidad, no llegando á comprender la estupidez del hombre, que él, á despecho de nuestra civilización actual, llamará *post-primitivo*, doblando las rodillas delante de la pompa políseroma de una imagen de madera barnizada.

Las guerras entre los hombres, el furioso estallar de las pasiones de la Humanidad en el desvario de una fiebre de destrucción, de muerte y de crimen, se recordarán como una era de horror en que la fatalidad de la infancia pesaba sobre el hombre, como un ataque de inconsciencia y locura.

El amor á la mujer dejará de ser una pasión tenebrosa de la carne, engendradora del delirio, para ser consoladora bendición. El amor será fecundidad. El lecho una ara. El hombre, espléndido de virilidad, plétórico de vida, pródigo de ella, oficiará en él como en un altar, con la visión radiante de una generación fuerte, libre, feliz...

Y el hijo del hombre será el Hombre-Dios.

CASIMIRO GIRALT

Barcelona, Marzo, 1910.

Del ambiente moderno

El adiós del suicida

La sacramental, la rutinaria frase que en la carta dirigida al juez se encuentra en los bolsillos de todos los infelices que voluntariamente abandonan la vida; la hipócrita frase «á nadie se culpe de mi muerte», debiera ser sierpe venenosa que escupiera su ponzoña fiera, que clavara sus garras en el corazón del primero que con lamentos de conmiseración se acercara al cuerpo exánime, por ser falsa, además de irónica. «¡A nadie se culpe de mi muerte!»; como si el suicida fuese un ser consciente que plétórico de vida, ahito de venturas, epilogara su existir por mero sport.

No; hay que borrar la frase, y si se quiere en las postrimerías ser piadoso, dígame: «no se condene á nadie por mi muerte, pero cúlpese á todos de mis desdichas». Los que se matan son los desesperados, los vesánicos, los adolorados, los sin dinero ni ventura, y en la mayoría de estas tribulaciones toma más parte activa que nuestra voluntad la codicia ajena, la explotación, la injusticia, el desamor, la sociedad moderna que ahoga al débil.

Para los espíritus triviales, para los corazones egoístas, el suicidio es un acto volitivo del interfecto; pero para nosotros los que estudiamos al hombre, los que amamos la vida, los que convivimos con los desgraciados, el suicidio no es una auto-ejecución, sino un crimen disfrazado: en la mayoría de los casos la sociedad apunta y el individuo dispara. Sólo se suicidó Petronio cuando decretó Nerón; sólo los hombres de pundonor se suicidan; los marinos, en los barcos, los caudillos ante la derrota, los banqueros honrados ante la quiebra, cuando la muerte les brinda olvido y la vida vilipendio ó agonías prolongadas.

Si—usando una metáfora muy sabida—el naufrago se agarra á la primer tabla que flota, ¿á dónde, de estar á su arbitrio, no se agarrará el que tras sí deja amores, ensueños y ambiciones?... Lo que hay, es que los que caen vencidos antes vieron prostituidos sus amores, escarneidos sus ensueños, imposibles sus ambiciones; mientras latieron en sus corazones y caldearon sus cerebros, no pensaron, no, en morir, de igual modo que nadie se recluye voluntariamente en la celda de una cárcel.

Por eso resulta sarcástica, resulta cruel esa manoseada frase que los desdichados signan, pero que la sociedad escribe artera.

Yo, que firmemente creo que el delito es un estado morbosos y el hombre juguete de las circunstancias, no me allano á creer que quien se desprende de la vida, cuando ésta es tan amable, lo haga por impulso propio; considero como causa á la sociedad, como cómplice á la honradez en la mayoría de los casos. No fueran escrupulosos los que se suicidan y en cualquier bajel pirata se salvarían del naufragio.

Y no achacáis á cobardía el acto de erigirse la víctima en auto-verdugo; debe de ser necesario mucho valor para arrancarse una vida que tanto se estima mientras no falta un poco de cariño y un pedazo de pan...

ANGEL MACÍAS RODRÍGUEZ

Arévalo-III-12-1910.

Por cuatro cuartos

Los frailes de Bilbao andan sueltos y babeantes como canes hidrófobos, persiguiendo y manchando todo lo que les huele á liberal.

En Deusto (la perrera española) salen de los templos y ladran al aire libre, hasta en el kiosko de la música. No son filarmónicos.

Podría tomarse á risa todo esto (y aun que se apellidan, como se apellidan, *enviados* de Dios en prospectos dignos de otros usos), si no se dedicasen á fomentar la corriente emigratoria, cobrando de una compañía naviera extranjera un tanto por cabeza de ganado (es un decir) de las que ellos impulsan á expatriarse.

Muchos curas y algunas personas se han convertido en agentes de emigrantes, pintando aquéllos las excelencias de América desde el púlpito, y celebrando las comodidades que en sus buques proporciona la compañía pagana.

Muy burros son esos curas. La ambición los ciega y entontece; porque no se dan cuenta de que cada emigrante es una mina escapada á su explotación. Por cuatro cuartos los dejan marchar, y no van á poder utilizarse ni aun de los huesos, para abonar sus frondosas huertas.

¡Piedad!

Aun me parece que te veo, niña mía, cuando al sentarme en nuestra pobre silla, rendido de caminar á la buena ventura en busca de trabajo que no hallaba, brincabas sobre mis rodillas, enmarañados tus cabellos de ébano, encendidas las rosas de tus mejillas, brillantes tus inocentes ojazos negros, radiante de júbilo tu carita de sol prodigándome todo el repertorio de caricias...

¡Pobre Luisillal... Enfermaste, que siempre la enfermedad cruel suele introducirse en el hogar de los pobres para aumentar sus desdichas.

Hube de conducirte al Hospital. ¡Cuando allí ingresamos no había remedio para ti! En estos establecimientos piadosos, mansiones de caridad, habíamos rechazado antes, oyendo indiferentes mis súplicas, ¡como si al ser desprovisto de recursos pudiera negársele el derecho á la vida!

Allí, en aquella sala tétrica de techo abovedado, tenuamente alumbrada por lámparas de mortecina luz, velé día y noche espionando tus menores movimientos. Oyendo balbucir con insistencia mi nombre en tus delirios, lloraba sin consuelo lágrimas de intenso dolor.

Oré ¡yo ate! ante la imagen de la Virgen, pidiendo tu salvación, ofreciendo un sin fin de sacrificios si conservaba tu para mí preciosa existencia. ¡Eras mi única ilusión!

Pero, no. Ella, á quien llaman bálsamo de los pesares, á pesar de que constantemente me vió implorar, rendido á sus pies, desesperado, transido de dolor, loco de pena, te negó su apoyo, y sucumbiste.

Tras el furgón que te condujo á la última morada caminaba tu padre, descubierto, baja la cabeza blanca á fuerza de sufrimientos, rindiéndole su último tributo de amor, pensando en lo ruin de la Humanidad que tan al pie de la letra cumple constantemente los sentimientos de amor que Cristo se molestó en predicarle.

Ni una sola flor ornaba tu tumba; arrodillado permanecí ante ella, hasta que las sombras de la noche tendieron sobre la tierra su oscuro manto. Entonces me alejé del cementerio, lugar de la verdad, donde no llegan las ruindades del mundo, sollozando y llevando en el fondo de mi corazón atroz é inmenso rencor hacia todas las cosas.

CARLOS DE ROZAS

Zorro en el cepo

El hecho ha ocurrido en Nafría, provincia de Soria. Figuraos al párroco,

halda en cinta, yendo á coger la llave de la puerta tras de la cual le aguarda su amor, una hembra jacarandosa, casada y amiga de hacer favores á los curas barbianes; el de Nafría olisquea el sitio donde se enconde la codiciada llave. Allí es: ella se lo ha dicho previamente... Ya se relame de gusto mi párroco, cual perro por Febrero; ya la tiene en la mano y se dispone á introducirla en aquel paraíso en ausencia del esposo. ¡Oh placer duplicado: la fruta del cercado ajeno!

Mas ¡oh rabia! Se ve cogido en un cepo, que el hijo de la mujer puso entre su honra y el cura. La escena es edificante: el muchacho, un pimpollo anticlerical, llama á todos los vecinos, y los vecinos acuden y se desternillan de risa. El zorro en el cepo. ¡Qué gracioso está! ¡Qué espumarajos, qué patimanes, qué contorsiones, y, sobre todo, qué prueba más evidente de la continencia sacerdotal!

Y al día siguiente, lo de todos los días: el cura, ó el diablo predicador, sube al púlpito, increpa á sus feligreses, moraliza:—¡La culpa de todo la tienen las escuelas laicas!

Torpe has andado en tu aventura, y por eso te tiene sitiado en tu casa el vecindario, párroco de Nafría. Haz como otros congéneres tuyos: ten una llave propia y peca sin que se entere ni tu Dios... ni tu ama.

VULGARIZACIONES ECLESIASTICAS

El tormento en los conventos.

XIII

LOS HERMANOS DE LA CARIDAD PRACTICAN LA PENA DE MUERTE.—LOS TORMENTOS SE DAN DONDE NO SE OIGAN LOS GRITOS.—LOS FRAILES ENTIERRAN VIVOS Á SUS HERMANOS.—AUTORIDAD DE MABILLON SOBRE ESTE PUNTO.—LA CEREMONIA DEL «IN PACE.»

Hay Ordenes, sin embargo, tan cínicas, que no se andan por las ramas, como la de los Hermanos de la Caridad, cuya Regla, en el número 4, dice: «Que si alguno cometiere delito de los que suele conocer la ley civil SERÁ CASTIGADO CON LA MUERTE.»

Así, clarito; el remedio no podía ser más radical, y muerto el perro se acabó la rabia. Estos no se andaban por las ramas. ¡Y la Iglesia aprobando estas canalladas! ¡Y los Gobiernos tolerándolas!

Si existiera en el Congreso un diputado republicano anticlerical de verdad, no de boquilla, con los textos que aquí se han citado, y que son irrefutables por ser rigurosamente auténticos y estar en absoluto vigentes, demostraría ante España entera que las Ordenes religiosas carecen en absoluto de legalidad entre nosotros.

Cuando el Estado francés exigió á los frailes que presentaran para su examen y aprobación sus Reglas y Estatutos en 1901, León XIII, para esquivar el chaparrón que se le venía encima de las Ordenes religiosas, las mandó que no

exhibieran las verdaderas reglas, sino otras amañadas para el caso, prueba palpable de que no eran limpias ni lícitas.

Porque, vamos á cuentas, señores míos. Si una Sociedad cualquiera, docente, industrial, comercial, artística ó literaria, presentase á un Gobierno sus Reglamentos ó Estatutos, y en ellos se diera facultad al presidente ó á la Junta directiva para erigirse en juez con potestad de atormentar, encarcelar ó quitar la vida al socio que faltare al Reglamento, ¿podría tal Sociedad ser aprobada? En modo alguno. Luego los frailes y monjas que tales cosas consignan en sus Reglas tampoco. ¿O es que son de mejor condición que el resto de los mortales? El diputado que hablara así pondría en un conflicto al Gobierno y daría un golpe de muerte á las Comunidades religiosas, cuya ilegalidad aparecería más clara que la luz del sol. ¿Aprovechará alguno la idea? Mucho lo dudo.

Muchas veces habrá oído el lector hablar del *in pace*, que los franceses llaman *oubliette* (olvido). Rara es la novela ó drama antimonástico donde no salga á relucir este tormento. El vulgo lo confunde con el *emparedamiento* (en latín *greta custodio*); pero no es lo mismo.

A la monja ó fraile que se les emparedaba, se les ponía en un recinto tan estrecho que apenas podían moverse; pero a la altura de la cabeza tenían una abertura por donde entraba el aire y se les daba la comida, pan y agua sólo, por lo general. La duración de este suplicio variaba; algunas veces, donde no existía *in pace*, se tapaba con unos ladrillos la citada abertura y la víctima se quedaba allí para siempre, muriendo en seguida por asfixia.

Estos cuartos estrechísimos, que se hallaron en varios de los conventos incendiados en Barcelona, y que, según sus moradores, sólo sirven para guardar patatas, no faltan por lo general en los conventos de monjas de clausura.

El *in pace* suele ser un calabozo subterráneo, sin aire y sin luz, profundo, cerrado por una losa pesada, donde se metía al fraile y á la monja, y allí se quedaba para siempre *in pace*; y tanto, como que no duraba un par de días.

Al leer esto dirán muchas personas: —¿Pero escribe usted en serio lo que dice? ¿No han dicho y repetido mil veces los clericales que eso de los *in pace* es un infundio sin pies ni cabeza, inventado por escritores sin conciencia, autores de novelones á real la entrega? Pues por desgracia, y para deshonra de las Ordenes religiosas, el *in pace* es cierto, ha existido y existe, y pásenle el lector! hasta tiene el ceremonial propio con que se ha de llevar á cabo tormento tan horrible. Pruebas al canto.

No voy á citar las autoridades, que los neos rechazarían, de escritores liberales. Les presento al insigne Mabillon, gloria de Francia, monje benedictino de San Mauro, de fama mundial por su talento, por su erudición y hasta por su virtud. Fué venerado por Luis XIV y nadie ha puesto jamás en duda su sinceridad, veracidad y honradez literaria. Pues bien; Mabillon, en el tomo II de sus *Obras póstumas*, edición de 1721, en sus *Reflexiones sobre las cárceles de las Ordenes religiosas*, en la página 323, dice:

«El *va le in pace*, cárcel horrible donde no penetra la luz del día, estaba

destinado á LOS QUE DEBÍAN TERMINAR EN EL LA X STENCIA.»

«Se cree que su inventor fué un fray Mateo, prior de Santa María de los Campos, quien, según dice Pedro el Venerable (ya tenía fecha la cita, pues Pedro el Venerable, abad de Cluny, vivió en el siglo XII), mandó hacer una cueva subterránea, parecida á un sepulcro, donde introdujo, condenándolo para el resto de sus días, á un desdichado que juzgó incorregible.»

«Esta severidad se hizo frecuentísima, y por ella el clero secular (no los frailes) se quejó mucho á la autoridad del rey.»

«*Conquestus de horribile vigore quem monachi ex recelant adversus monachos graviter peccantes, eos confiniendo in carcerem perpetuum, tenebrosum et obscurum, quem Vade in pace vocitant.*»

Estas cosas no las decía un impío; las decía el arzobispo de Tolosa, Esteban, al rey de Francia Juan II en 1358. Lo que demuestra que el tormento del *in pace* era cierto que se practicaba y que la cosa venía ya de largo.

He aquí la descripción que hace Mabillon de las ceremonias con que se verificaba este entierro de vivos:

«Después de ser degradado el reo y hecha la lectura de la sentencia que le condenaba al *in pace*, llevábale desnudo ó sólo vestido con la túnica más interior (lo que hoy llamamos *camisa*) al lugar donde había de ser sepultado en vida. Marchaba delante el acólito con la cruz á la inversa; otros dos le acompañaban con los ciriales apagados y otros llevaban el *asperges* y el incensario. Por el camino, que se hacía pausadamente, la comunidad, con la capucha calada y la vista en el suelo, rezaba en tono lúgubre las preces por los agonizantes y algunas oraciones del oficio de difuntos. Si esto sucedía por la mañana, decíase una misa de *requiem* por el reo, que la oía cubierto con un paño mortuario. Llegada la hora de ir ante la cueva, cavada en forma de pozo ó de sepultura, se cantaba (¡qué bárbaros!) el responsorio de difuntos *libera me, Domine*, y se hacían las aspersiones de agua bendita y las incensaciones sobre el reo como si hubiera sido un cadáver. Después le daban un pan de tres libras, un jarro de agua y una vela bendita encendida, y así lo bajaban al subterráneo, cuya entrada tapaban en cuanto el reo había entrado en él para no salir jamás.»

Tal era la tremenda ceremonia del *in pace*.

Y ahora supongo que los clericales no se atreverán á tachar al insigne y santo Mabillon de embustero y calumniador, como á mí.

FRAY GERUNDIO

Explotación y fracturas

Trataron los reverendos frailes de la ganadería Claret, que pasta en Zafra, de agenciarse unos cuartejos explotando la cara del Señor del Rosario, y al efecto mandaron construir un tablado para que, subiéndose á él un fotógrafo que hay en el pueblo, lo retrata.

Subióse efectivamente, acompañado de un pintor sevillano que estaba de paso en la población, y en el instante mismo de enfocar la máquina al divino

rostro, ¡pataplúm! abajo el tablado, haciéndose añicos la máquina y saliendo cada artista con una pierna rota.

Unos atribuyen el hecho á que el Cristo se indignó al ver que trataban los frailes de explotar su figura como la de cualquier criminal célebre; otro á que era festivo el día, y se incomodó porque no lo guardaban; otros á que quiso advertir á los perniquebrados que deben cuidarse en adelante de examinar la solidez de los tablados antes de encaramarse á ellos. Yo, dicho con toda ortodoxia, me inclino á esto último.

Al visitarlos en el hospital los frailes, los consolaban diciéndoles que debían dar gracias á Dios, porque podían haber escapado peor aún; á lo cual parece que mi paisano, el de Sevilla, contestaba con chirigotas saturadas de impropiedades; que tal s tiempos desventurados corren para esta desgraciada España.

Al ocurrir la catástrofe, los frailes ofrecieron indemnizar á los artistas, oferta impudente que luego revocaron, diciendo que ellos eran pobres, y que no se mueve ni una hoja en un árbol ni se cae un tablado sin la voluntad de Dios.

Recomiendo á los fotógrafos que curen no olvidarse de la ley de gravedad al encaramarse á los tablados en las iglesias, aun cuando estén contruidos con tablones sacados de la Vera Cruz, y que tampoco confíen en ofertas de fraile, si se trata de dinero ó cosa que lo valga.

El fraile nunca da á nadie nada, como no sea á los niños que educan en sus colegios, según se demuestra en los procesos, que á lo mejor se les forma á algunos.

A cada cual lo suyo.

Bibliografía

Hemos recibido los cuadernos 21, 22, 23 y 24 de la *Crónica de la Guerra de Africa*, en los que se continúa la relación de los sucesos ocurridos en Barcelona durante la llamada *Semana trágica*, y en ellos puede hallar el lector datos completos y verídicos de los edificios incendiados, y el proceder seguido por los sediciosos. Ambos cuadernos van ilustrados con fotografías.

Los pedidos de la *Crónica* pueden hacerse en las librerías y centros de suscripciones ó directamente al editor Alberto Martín, Consejo de Ciento 140 Barcelona.

Novísimo Código Penal reformado, con las penas graduadas y divididas al margen de cada artículo.

Con este título ha publicado la Casa Editorial Maucci de Barcelona, el novísimo Código Penal vigente en España con las reformas introducidas en él hasta el día 28 de Abril último. La principal innovación introducida en este libro por el teniente fiscal Sr. Selma Corlero, consiste en que el margen de cada artículo va la pena correspondiente dividida, lo que supone un ahorro de trabajo material evidente; aumentando la utilidad de la obra los siete apéndices que la completan con todas las leyes especiales promulgadas hasta la fecha, como son la Ley de Jurisdicciones, la de Explosivos, Represión del Anarquismo, Trata de blancas, Abono de prisión preventiva, Condona condicional y Aplicación de la gracia de indulto. Precio: 5 pesetas.



SECCION AMENA

CANCIONERO DEVOTO

Dificilillo es encontrar tema para una crónica de Semana de Pasión. Se han dado ya muchísimos golpes a los mismos asuntos en este país culto... y clero, como dicen en el sainete. Pero además de las judiciales hay evidentemente una Providencia superior, y por su mediación he debido hojear hoy el *Cancionero Popular Turoense*, publicado por el «folklorista» aragonés D. Severiano Doporto. Con decir que contiene 1.362 coplas, y 78 estribillos; por añadidura, todo ello recogido de la boca del pueblo, se dice bastante acerca de la interesante labor del Sr. Doporto y de la variedad copiosísima de su *Cancionero*.

Mi marido es un buen Juan;
le hago la cama y le acuesto
y yo me voy con el cura
á coger peras al huerto.

He aquí la primera copla en que se fijan mis ojos pecadores al hojear ese libro de mi tierra de Aragón; con lo cual ya adivinarán mis piadosos lectores que el recopilador no ha creído preciso publicar su libro con la consabida «licencia del Ordinario».

El cura de mi lugar
lleva la sotana rota
de saitar por los bardales,
de festejar á las mozas.

Véalo Nakens y muérase de envidia; las Flores místicas no son invención suya.

En Teruel se dan con mucha espontaneidad y lozanía; el pueblo las cultiva y recoge con verdadero amor, y yo las recojo á mi vez—en estos devotos días de recogimiento—para darlas á la publicidad en las columnas de *La Idem*, á fin de que se aprecie debidamente, en esta clase de manifestaciones, el genuino espíritu nacional.

¡Y aun el *supernacimal*, amigo don Pompeyo! Dígame usted si no está muy por encima de nuestras nacionales devociones, de nuestras venerandas tradiciones y de nuestras castizas supersticiones, esta otra copla, de un sentido profundamente humano é *inactual*:

Si San Antonio mamó
de los pechos de la Virgen,
yo mamaré de los tuyos,
salada ¿de qué te afliges?

Volvamos á los mismos que han educado al pueblo que así canta:

Ni caserita de cura,
ni mocta de mesón,
ni viña en camino real,
no la compraría yo.

Y para refrenar la copla, hay un estribillo que dice:

Los pastores se llevan
las buenas caras;
pero también les ponen
lo que á las cabras.

Si se me enfada algún pastor, lo desenojaré con este otro cantar *confanzudo* y cariñoso:

El señor cura no baila,
porque lleva la corona;
señor cura, baile usted,
que Dios todo lo perdona.

Otro:

Un fraile me pidió un beso
un lunes por la mañana;
yo le dije: padre, padre,
buen principio de semana.

Como modelo de «espíritu práctico» puede citarse la copla siguiente:

Hija mía Bonifacia,
¿con quién te quieres casar?
Madre, con el padre cura:
coge trigo sin sembrar.

Y como modelo de amable incredulidad y epicurismo aragonés, allá va esta:

La Virgen se llama Juana,
y el nombre de Dios Perico;
en acabar esta copla,
echaremos un traguico.

Como quien dice: «No conozco más Virgen que mi novia, ni tengo noticia de otro Dios que el que llevo en el cuerpo. ¡Y venga Cariñena, y expresiones al diocesano!»

Eso, en lo alegre, me recuerda aquello que por lo «dramático» se dice en los *Amantes de Teruel*: cuando á Diego le participan el casamiento de Isabel y «lazo indisoluble»:

—En presencia de Dios formado ha sido.
—¡Con mi presencia queda destruido!

La siguiente coplilla bien pudiera cantarse en los intermedios de las representaciones de *Electra* ó de *Casandra*, para desengrasar de tanta *Marsellesa* y tanto y tanto *Himno de Riego*:

Tanto cura, tanto cura,
tanto fraile, tanto fraile,
tantos hijos sin familia,
tanto chiquillo sin padre...

Omíto varios cantares más, por no ser precisamente modelo de buen gusto; pero como modelo de respeto á los santos, no quiero que se quede en el *Cancionero* el que reza así:

Estaba San Juan de Dios
debajo de un alcornoque,
y San Pedro le pegó
un peñazo en el cogote.

Entre los estribillos para la jota, los hay de singular delicadeza:

La casera del cura
tiene un trabajo:
que es tan arriba de arriba
como de abajo.

El cura de Castralbo
duerme en el suelo,
porque rompe las mantas
con el tozuelo.

El tozuelo, según el diccionario, es la «cerviz gruesa y carnosa del animal». ¡Singular manera de romper las mantas tenía el cura de Castralbo! No sé si se diría por la *majordona* de ese vigoroso *capellu* aquello otro de:

La casera del cura
de Villagordo

pesa catorce arrobas,
sin el mondongo.

Irreverentes llama á todas esas canciones el señor Doporto; pero algunas más bien deben clasificarse como inocentes. Verbigracia:

Las monjas en el coro
dicen cantando:
Para tantas hermanas
no hay un hermano.

Arrímate á mí, niña,
que soy San Roque,
por si viene la peste,
que no nos toque.

En la puerta del cielo
venden pepinos;
y San Juan, que lo supo,
compró una vara.

¿Para qué? Para vapulear á los traficantes? ¡Valiente resulta lo le dió á Jesús el procedimiento!

Al lado de esos ejemplos de candor, hallo este que ya es de otro género:

Al perrico de San Roque
le han levantado
un falso testimonio,
que está preñado.
Bueno está el mundo,
que ni el perro «é» San Roque
anda seguro.

Tiene la palabra para contestar la gente que anda alrededor de los retablos.

No sé si el señor Doporto encontrará muy *deportiva* esta selección que hago en su *Cancionero*. Quizás me diga:

—¿Por qué, en atención al «santo tiempo» en que escribe V. su crónica, no ha elegido las coplas que clasifico como religiosas?

—Porque la primera de esa clase que he leído en la siguiente:

En Zaragoza una noche
me dejaron sin cenar;
por eso me acuerdo tanto
de la Virgen del Pilar.

Religioso llama el recopilador del *Cancionero Popular Turoense* á ese cantar, muestra perfecta del *villermanismo* baturro.

Y si alguien me dice que las dos anteriores palabras rabian de verse juntas, vaya á Aragón y oirá á cada paso coplas *impúblicas*, que harían estremecerse de espanto no á un ferviente católico sino á cualquier judío, musulmán ó budista.

MARIANO DE CÁVIA

Devoto aburrido

Hacia un jesuita el panegirico de San Ignacio, y tanto ensalzaba al fundador de su orden, que no sabía en qué jerarquía celestial podría colocarlo.

—¿Le colocaremos—clamaba—entre los apóstoles? No, porque superó á todos ellos en celo evangélico. ¿Entre los profetas? Tampoco, porque pronosticó que el naciente libre examen tomaría mayores y más audaces vuelos de impiedad. ¿Dónde lo colocará?

—Reverén lo padre,—dijo uno de los oyentes levantándose de un banco.—Si le parece á usted colóquelo en mi sitio, porque ya estoy aburrido del sermón y me voy tranquilamente á almorzar.

(FOLLETÓN 47.)

LA MONARQUÍA ESPAÑOLA

POR
OFFENBACH

»dolor que dice tener especialmente en el costado izquierdo; dice tener tos y que expectoró sangre; por la auscultación (se vió que) estaban aumentadas las vibraciones vocales, y disminuido el murmullo vesicular. El pulso pequeño y contraído, los demás aparatos funcionan bien, á excepción del urinario, que dice haber expulsado sangre con la orina. El dolor que le aqueja en la región lumbar le dificulta la progresión. En vista de lo indicado cree se trata de las lesiones siguientes: primero, contusiones de primero y segundo grado en diferentes partes del cuerpo y especialmente en las extremidades superiores; segundo, contusión con rozadura en la flexura de la articulación del codo, debida probablemente á la compresión causada por una ligadura; tercero, rozaduras en el dorso de la mano; y cuarto, congestiones pulmonar y venal, dependientes, al parecer, de las contusiones que su cuerpo sufrió. A juzgar por los distintos matices que las manchas presentan dichas lesiones han debido ser producidas hace seis ú ocho días, por cuya razón han perdido las manchas la forma que primitivamente habrán tenido ofreciendo hoy contornos ilimitados por lo cual no puede precisar el instrumento engendrador de dichas contusiones. Las lesiones no ofrecen actualmente gravedad, salvo consecuencias inesperadas.»

En cuanto á cómo le fueron producidas las lesiones, el preso declaró así: «Preguntado qué males le aquejan, dijo: «que se halla sufriendo las consecuencias de varios golpes que recibió en distintas partes del cuerpo, conservando lesiones particularmente pronunciadas en los brazos y cintura, siendo la dolencia que más le mortifica un dolor agudo que siente en el lado izquierdo del pecho.»

»Preguntado qué causas le han originado los padecimientos que deja referidos, dijo: «que el día primero ó uno de los primeros días del mes corriente» (el atestado es de 8 de Noviembre de 1887), «pues no recuerda bien la fecha, se hallaba preso en J...; que á las doce de la no-

che lo sacaron de la cárcel dos..., cuyos nombres ignora; que lo condujeron camino de C..., y al llegar al... se les agregó un..., que dijo llamarse...; que con la referida comitiva siguió camino de C..., y al poco rato se pararon en el camino, y habiéndole hecho los... preguntas á que no pudo contestar, le golpearon con las... y un vergajo de toro, de cuyos golpes resultan las dolencias que deja referidas.»

Ahora bien, daba la casualidad de que el jefe que ordenó hacer el atestado había sido encargado, unos días antes, de ciertas averiguaciones relacionadas con el delito (conspiración) que se perseguía, averiguaciones de las que había venido á resultar probado que el hecho de autos no había existido más que en la imaginación de algún enemigo político de los procesados. De modo que aquel jefe pudo ver al punto cuán difícil era que, no ya con un vergajo de toro, sino ni con una trompa de elefante lograsen los improvisados y celosísimos «instructores» aportar á la instrucción el menor dato fidedigno. Y gracias á eso no tardó en sobreseerse proceso tan absurdo y tan absurdamente llevado. Los implicados en él fueron, naturalmente, puestos en libertad, pero al apaleado no le quitó nadie los palos, ni parece que tampoco le dieran en cambio nada.

Con lo referido creemos que el lector tendrá bastante para formar juicio muy aproximado de lo que eran y á qué extremo llegaban á fines del pasado siglo los procedimientos de la monarquía española, y de cómo en aquel tiempo y por hechos tales comenzó el gran desprestigio que llevó á aquella monarquía á perder en un santiamén las grandes posesiones ultramarinas que aún le quedaban.

CAPÍTULO XXVII

QUE TRATA DE HONOR QUE SOBRA, DEBER QUE ESCASEA, PUDOR QUE FALTA, Y UN BIEN PÚBLICO DE QUE NADIE SE CUIDA.

Es casi seguro que, desde que al final del capítulo XXV hemos dicho que en la monarquía española hay unos tribunales llamados «de honor», el lector, recordando la inmensa lista de tributos de admiración, aplauso ó simpatía allí usados, habrá creído que se trataba de uno de ellos, esto es, de algún nuevo homenaje de carácter más solemne y significativo que ningún otro, puesto que el mismo nombre de «tribunal» así lo indica. Sin embargo, el que hubiese pensado de

tal modo habríase equivocado de medio á medio, porque cabalmente esos tribunales son más bien de «deshonor», del cual en mayor ó menor medida no suele escaparse el «favorecido», pues el solo hecho de que se piense someterlo á uno de ellos le señala y marca desde luego como seguro, aunque misterioso, autor de algo reprochable; y aun cuando llegue á salir materialmente lucido de la prueba, lo que es moralmente se hace difícil que, cuando menos por algún tiempo, quede airoso.

Los tribunales de honor tienen reconocimiento legal; en ellos se procede más sumariamente todavía, y todavía con menos garantías y formalidades que en los juicios sumarísimos; y, como acabamos de indicar, la simple enunciación, el mero anuncio de ellos viene á ser ya un grave reparo puesto en lo que más puede interesar á un hombre de carrera, mejor dicho, en lo que con su vida y su honra ó buen nombre se relaciona, puesto que estas cosas se contienen principalmente en aquélla, y si en ella ha de continuar ó no, es lo que resuelven los mencionados tribunales, formados por compañeros del interesado, esto es, individuos del mismo cuerpo, cuando á éstos se les antoja, y aunque por el mismo hecho ó pretexto estén procediendo, hayan procedido ya ó vayan á proceder los tribunales ordinarios.

Este privilegio, ó lo que sea, primero lo tuvieron solamente las corporaciones militares, hízose después extensivo á otras civiles; y habrá de concederse á todas las que lo pidan sopena de negarles que tengan honor, puesto que parece que es el honor de las corporaciones lo que esos tribunales están encargados de mantener incólume.—Y algún día hemos de ver, decíanos nuestro sabio y buen amigo Zaratustra (así llamaban sus compañeros á nuestro acompañante y guía el periodista español), algún día hemos de ver al gremio de lecheros condenando á «perder el cántaro», ó sea á dejar de vender leche, al que de ellos haya pretendido darla pura ó revelado al público la cantidad de agua que le añaden.

Estos tribunales, de que se hace uso y abuso á cada paso, han sido creados con la mejor intención, no cabe duda. Estaban destinados á juzgar hechos difíciles de probar por los procedimientos ordinarios, ó que no tienen sanción penal en ningún código escrito, ó que no pueden ser cas-